

Memoria de nuestro polvo
Antología poética
(1997-2013)

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS
Summa de días

JESÚS BARTOLO

Memoria de nuestro polvo
Antología poética
(1997-2013)

Prólogo

OLIVERIO ARREOLA
Y RENÉ RUEDA ORTIZ

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Memoria de nuestro polvo. Antología poética (1997-2013)

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Jesús Bartolo Bello López

ISBN: 978-607-495-371-8

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/123/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

EL POETA ES UN DIENTE DE LEÓN

El poema es un diente de león. Gruñe, brama, vocífera. Clava sus esquiras de espacioso tegumento por el cuerpo; hince sus colmillos. Es un delicado círculo, una silenciosa flor que en el poema siempre habla. Un diente de león es una metáfora cantada, un cuerpo de granito que entiende de silencios. Soplar sobre un diente de león nos permite cantar varias metáforas. La del silencio, la de la delicadeza del aire, la de una circunferencia, entre otras, sólo para señalar que la flor como tal siempre es un poema.

Hay poemas que son siempre de un poeta. ¿Qué es la poesía para Jesús Bartolo? Esto: un diente de león. Cada verso ha surgido como una esfera y, al mismo tiempo, como un pistilo que se desprende de la flor, un diente que se hinca en el oído de quien lee sus poemas, el gruñido de un poema que no deja de cantar.

La poesía de Jesús ha arribado al mundo por el amor, su canto preferido. Pero también por el sueño desolado, la agonía fragmental del tiempo, el fuego asolador de los ahogados; porque el corazón no es un pájaro que vuela sino, más bien, un ave enjaulada en su palpitar y en su propia sangre.

El amor suele horadar todas las metáforas. Por eso, al voltear la mirada hacia el pasado, al *Estar de vuelta*, a Jesús Bartolo sólo le queda la añoranza; la melancolía se vuelve un andar por los mismos riscos y escarpadas, con ese aire de nostalgia que nos da la infancia, el amor y ciertas tardes con viento helado sobre el rostro, con cierta agua:

Llueves y no es pretexto para escribirte.

Llueves porque así eres tú

Caes como agua de junio
y cortas como el agua de junio
y sabes
uno no sabe qué hacer con tanta gota
con tanta caricia húmeda y filosa
con tanto golpetear mi techo lírico

Su verso se torna más lírico y auténtico, un estar bajo la presencia y la mirada de los astros. Porque toda vuelta es volver hacia uno mismo. En el poema Jesús Bartolo se encuentra para hallar la voz y la cadencia que circundan la poesía.

Pero la poesía tiene su lado femenino. “Este fuego habita de cangrejos la carne. / La mano quiere quitarse el peso de su lumbre... / Sacarse del sexo la espina de su aire”. Como un *Aviso de ocasión* que una tarde leemos en algún periódico, queremos repetirnos el presente. Porque el pasado nos alcanza sabemos que no hay más que este instante en el que desfallecemos, que el deseo es sólo llamarada, fuego agotador, desfallecida lumbre, un golpe memorial que se queda estancado por las venas para estallar entero en chicotazos.

Quema de agua la humedecida lumbre
que es la lengua.

La lengua que miedos trae, que miedos anda,
que va de miedo en miedo ronroneado una sonata,
descubriendo la quejumbre,
el crujido
el ruidal
pirómano de tu vientre.

En este aviso, Jesús libra las batallas de la escritura. Se interna en el juego verbal del doble y sale airoso.

Jesús Bartolo va del verso al poema en prosa, explora en la forma de un modo iconográfico, como un duelo ensordecedor. En *Iconografía de un duelo* indaga sobre la forma y la comunión de la palabra. La esqirla es un silencio que nos quema. Un agua en afluyente, un resquicio por donde se halla el verso. La poética de Jesús Bartolo va más allá de la palabra. Juega a departir y a encontrar el verbo que marque al poema. Su último poemario, *Una vaca tengo*, es una búsqueda de la infancia, un reencuentro con los años y las cosas, la memoria exaltada a través de un lirismo que combina el verso largo con la imagen, lo cotidiano y el interior de un poeta.

Para Ezra Pound un poema era música. ¿Qué más puede ser? Ritmo y cadencia, ensoñación e imagen verbal. Valéry dudaba de los poetas que le cantaban a la lluvia; Jesús Bartolo hace llover. Un diente de león es una flor hecha de muchos versos. Pero cuando soplamos levemente sobre ella, las cipselas irradian la mirada como si por el aire brotara un poema. Así esta antología sobre la que, al abrirla, estaremos soplando como sobre una flor al viento.

OLIVERIO ARREOLA

LA OBRA DE JESÚS BARTOLO: POESÍA CONTRA EL OLVIDO

POETA EN EL TIEMPO

Entre los libros de poesía que no he dejado de leer se encuentran algunos de Jesús Bartolo: *El responso del gato*, *No es el Viento el que disfrazado viene*, *Diente de león...* Tres libros dentro de una cadena que rebasa la decena de títulos. Se diría que es poco, considerando que el autor es mi amigo, pero a la hora en que decido adentrarme en una obra no tomo en cuenta la amistad, puesto que hay una diferencia perfectamente delimitada entre un autor y su obra.

Es tramposo querer afianzar la calidad de una obra en el tronco de la amistad. Por eso hay tantos hombres y mujeres en México que navegan con bandera de poeta, cuando en realidad son meros tecleadores; oficiantes del *enter* a cada veinte o veintiocho golpes de caracteres; seguidores de un sujeto mayor al que dicen “deberle todo”: desde su “conversión a poetas” hasta los premios que les “regalan”.

Por fortuna, Jesús Bartolo y su obra no entran en esta fauna que íntimamente desprecia a la literatura al optar por el pandillerismo y la política literaria. No, Jesús Bartolo es, parafraseando a Jaime Sabines, un poeta decente, valioso. O simplemente, pero realmente, un poeta: un hombre que vive al día e insiste en la escritura; que posee los dos requisitos obligatorios para todo aquel que quiere escribir: la imaginación y el amor por la lectura.

TENER UN PASADO

En los momentos en que visité los territorios de la poesía mexicana contemporánea, me di cuenta de que, muchas veces, era como entrar en una cantina repleta de borrachos que alardeaban, mentían y soñaban con ser los escritores clave, los reyes de una tierra decapitada por el deseo de novedad, que es un eufemismo más de la desmemoria.

Salí casi abatido de los territorios de esa poesía mexicana contemporánea, pero con un puñado de libros y autores en las manos, que me mostraron que no todo estaba podrido, porque, como lo cantara Gustavo Adolfo Bécquer: “Podrá no haber poetas; pero siempre / habrá poesía”. Siempre habrá poesía... y poetas, me dije: siempre estarían allí Dante, Hölderlin, Rilke, José Gorostiza, Rubén Bonifaz Nuño, Federico García Lorca, Miguel Hernández, César Vallejo, Jorge Luis Borges, Alejandra Pizarnik, Efrén Rebolledo, y mi lengua no se atrevía a pronunciar nombres más recientes, así que el corazón los pronunció; junto a estos poetas magníficos estaban también Xhevdet Bajraj y Jesús Bartolo: poetas con pasado.

OBRA DE LA MEMORIA, OBRA QUE IMPORTA

Cuando los políticos literarios alcancen proporciones de gurús y sus lectores no sean sino votantes, alguien llegará y me dirá que lea el poemario del mes, la novela del año, y yo diré que sí, por cordialidad, y regresaré, como siempre, a mi librero. Allí, entre otras cosas, pasaré revista a ciertos libros de Jesús Bartolo y repetiré los versos de Bécquer: “siempre habrá poesía”.

La obra poética de Jesús Bartolo posee una eficaz narrativa que recurre a los lugares dañados de la memoria colectiva para integrar un documento que tiene, entre otros usos, el de hacer un juicio a ciertas injusticias de la realidad.

La despedida, la orfandad, el luto, la añoranza, la desigualdad de género y ciertos tópicos actualizados, como la alabanza de aldea y menosprecio de corte, hacen de esta obra un muestrario de fantasmas que solamente son capaces de erguirse en el otro, el lector.

El conjunto de la obra se antoja como las cuentas de un collar: no todas arrojan la misma luz, de hecho, algunas dependen de oscuridades donde los versos aspiran a la perdición; un rumoroso río del dolor atraviesa el paisaje que el poeta Jesús Bartolo ofrece a sus lectores.

En los primeros poemarios de Bartolo asistimos al aprendizaje de una voz. *Las regresiones del mar*, piedra fundacional de esta obra, gira sobre el recuerdo; intenta apresarlos sin conseguirlo. Por otro lado, en *Las regresiones...* se ponen los cimientos de un mundo propio que alcanzará su madurez en libros como *El responso del gato* y *No es el Viento el que disfrazado viene*, que canta al vacío memorioso y a los desaparecidos de una guerra sucia. Este libro debería convertirse en un símbolo del dolor en la más genuina acepción del término.

El camino que sigue la obra de Bartolo es sinuoso, con ciertas obras que son como ensayos para emprender saltos más amplios. Entre *No es el Viento...* y *Diente de león*, otro de los libros fundamentales del poeta, se encuentran piezas como *Aviso de ocasión*, donde una voz femenina da cuenta de ese infierno que es la insatisfacción. Dolor contra el mundo, menú de recuerdos es *Diente de león*, un texto que apela a la tradición de los bestiarios y que propone varias imágenes luminosas.

En el mundo poético de Jesús Bartolo hay poemarios que deberían leerse por racimos: *Cachimbo*, *Basalto*, *Estar de vuelta*, porque son como huellas en el camino para llegar a las obras mayores, como *Una vaca tengo*, donde la sencillez y la composición estrófica hacen del libro una celebración de la resistencia. El verso, ligero y desbocado, no impide que broten reminiscencias de otros siglos. Las lecturas del poeta se reflejan sin angustia en cada empresa.

Leer la obra de este poeta mexicano es una experiencia grata. Sería imposible determinar hasta qué punto será recordada u olvidada, pero eso no es motivo de inquietud, ya que al leer cada uno de los poemarios, vastos en registros líricos y calidad, el lector puede tener la certeza de que está ante unas letras sinceras, alejadas de las modas, comprometidas con la memoria; en constante lucha contra el olvido, contra la indolencia.

Jesús Bartolo no juega a la política literaria. Escribe desde la soledad, desde sí mismo. Su obra es su alma. Recorrer el camino de sus libros es una oportunidad para que los lectores encuentren una voz o el eco de algo muy importante que olvidaron.

RENÉ RUEDA ORTIZ

Memoria de nuestro polvo
Antología poética
(1997-2013)

Para Aleja Ríos, canto de estos versos

Para Guadalupe López, quien ruega por mí

A Lucy Vilchis, poética de mis días

*A Jesús Antonio,
para que en estos poemas me siga deletreando*

De
Las regresiones del mar
(1997)

I

Los colores de tu partida
siguen aquí, anchos y claros, apretujándonos,
pariéndose día a día,
fermentándose.

Abuela:

tu enagua yace en un rincón,
es perfecto su olvido,
un girasol que perdió el sol
en la redova del tiempo.

Quizá

un poco de recuerdo nos alcance
para salvarte de ese tedio,
inmóvil,
en el que refugias tu ausencia.

Abuela,

¿inventaste la ausencia
o sólo te fuiste con un atado al hombro
dejándole la tristeza al mar?

Hay murmullos de ti

que vienen de las olas y más allá del polvo,

lejos:

donde las sirenas tejen el agua,

existen anécdotas de las historias que contabas.

II

La cal se cae

 y no son suficientes las regresiones del mar
para acercarnos un poco.

La casa marina que habitabas

 se ha diluido en palabras de anémonas, como sal,
abuela, irremediablemente.

Tu ungüento marino reposa en el acantilado;

no hay manos para despertarlo,

sortilegios para acudir a él.

Abuela:

¿Por qué no estás aquí untándome el cuerpo para volverme pez?

¿Acaso tu magia se fue con las algas

 o simplemente emigró como gaviota?

Amo la brisa, blusa eterna de la tarde,

porque te sentabas en su orilla,

descalza,

a soñar.

III

Qué tiene de cruel desear verte:
acariciar la arena,
respirar este sol,
untarte de vida.
Emanar, borbollón de luz.
Constelar la cotidianidad con flores.
Romper en el risco ola soñadora.
Bendice el pan de este día
y hollemos la playa con paciencia de cangrejos.
Saludemos la tarde,
descalcemos nuestros pies,
sentémonos en tu orilla favorita
a mirar a los delfines soñar,
hundirse en la noche
llevándose este deseo, infinito:
abuela.

IV

Para Obdulio, Rafa y Alejandro Bello

Háblame de la canícula,
de la luna y sus estaciones
y de ese mar donde creciste, abuela,
saboreando el dulce de coco,
la tecoyota.
No te sigas yendo;
aroma con picadillo la casa,
con tuba y café la noche.
Es preciso resistir,
resiste:
al nagual urbano,
a tu casa marina
 que perdió el corredor,
la hamaca
y ese calor fresco de tu jardín marchito.
No te vayas muriendo,
no te mueras más:

dulce agua, chilate,
flor de calabaza.
¡Abuela!

V

Detén, ternura, el camino,

no sigas las huellas,

a nada llevan.

La casa de la abuela

quedó atrás venerando al mar.

Enferma de sal

 inventa soliloquios,

letanías de mangle;

por sus ventanas se mira al trópico

 dócil como lluvia temprana

añorar la buganvilia.

Se enternece.

Huérfana,

alimenta fantasmas,

azules y tiernos duran en la playa lo que la tarde.

Mojan y sin preámbulos marchan con las olas

al sitio exacto donde los caracoles predicen

que no volverán para limpiar el polvo de la casa.

VI

Para Paco Magaña, Felipe Fierro y Víctor Cardona

Cuando abrimos la casa
 el aliento del mar escapó presuroso.
El único polvo que encontramos fue tu ausencia,
diez anécdotas colgadas en la pared.
La enagua en un rincón junto a tus huaraches.
El catre ancho donde soñaste muchas veces
 al impulsivo mar
parecía una caracola blanca llena de sonidos.
El aceite de coco esencia de tu piel,
a un lado del espejo
que refleja la ventana
por donde escapaste muchas veces convertida en luna.
Más allá, el candil,
la mesa y el atado de cartas amorosas
 que nunca escribiste.
La cocina tatuada de olores
 susurra recetas para no hundirse,
pócimas milagrosas para aliviar el olvido.

Abuela, ¿será posible tanta quietud
en este otro mar que nos heredaste?
¿Bastará con cerrar la puerta?

VII

Qué bien podan tus manos la memoria,
madre del olvido.

Abuela:

¿Qué pócimas nos diste al zarpar?

¿En qué té de albahaca perdiste el nombre?

Es jueves,

el silencio nos traiciona;

la conserva de mango

que degustabas con nosotros

se quedó toda como un visible presagio

cuando el más pequeño de tus nietos

atropelló tu recuerdo

y preguntó por ti;

caíste como un aguacero a las dos de la mañana.

Dolió saberte en el mar,

sola y desgastada.

Esa tarde

nos fuimos a la playa, recogimos caracolas

y pedimos un deseo.

VIII

A Carlos y Antonio Radilla

Siempre fuiste un río con dirección al mar.

Te gustaban sus entrañas

en cada pez escondías un secreto,

gozabas hundirte en él

para sentirte amada,

lo deshojabas, letra diminuta

escribiéndole soledades.

Acostumbraste sus manos de sal

a tu cuerpo.

Abuela:

¡Arrecife!

¡Coral!

¡Ola!

¡Luna marina!

¿De qué manera te nombraba?

¿Te hablaba al oído con su voz de agua?

¿Te regalaba perlas como a una novia

y enamorado tocaba a tu puerta?

Dime, ¡abuela!,
qué soñabas tendida en la playa,
después de tanto trote,
rendidos,
¿el mar exhausto se tendía a tus pies
para que le acariciaras las rodillas
con la humedad tierna del vientre?
Acaso por eso
este mar se ha vuelto melancólico.

IX

Todas las cosas que amaste siguen en su sitio,
el camino que lleva al mar con un poco más de polvo,
la playa más concurrida.

Quien viene y conoce tu casa
sale con una sonrisa de palma,
con sueños de delfín,
con algo de alga.

Hablan de la casa marina,
la hacen suya,
se la llevan.

Aman el mar y sus consecuencias
y se van con un credo en la boca,
con algo de brisa:
pócima bendita del triste.

Otros llegan,
miran y parten tras tus huellas.

Abuela:
cuando regaste
esta casa con agua de sal,
¿en qué pensabas?

X

Para Francisco López

El Cortés
danza por las calles del pueblo.
Las casas huelen a nixtamal,
a recaudo,
a relleno,
a tamal nejo.
La tuya, abuela, huele al pueblo.
A escombros del mar.
A incienso.
Es tiempo de guardar las querellas,
levantarte de la sal,
verte ola de nuevo,
fruta en la mesa
y rezo.
Es hora de sitiarte
con sonrisas en el pelo,
liberarte del mar
y amordazar el recuerdo.

Abuela,
¡dancemos!

XI

A María López

El mar era tu bolero favorito,
acostada en la hamaca lo escuchabas
y los duendes submarinos
te envolvían en su hechizo de agua.
Tenías por corazón una gota
y de alma una caracola,
por eso cuando te llevaron
tu instinto de pez empezó a secarse
y te fuiste evaporando de esta playa,
dejándonos la sal.
Abuela,
cuánto duele alejarse del sol marino,
del vaivén de las palmas,
de los colores favoritos;
vamos por las calles amputados,
arrastrando nuestros sueños tropicales,
secándonos como un río.

XII

Abuela, el mar:
sinónimos
inamovibles.

Mar, la abuela:
luna de agua
hospitalaria.

Abuela, la casa:
estación
sin partida.

Casa,
la abuela:
ruido eterno.

Abuela, el pueblo:
sabor
profundo.

Pueblo, la abuela:
raíz
insoslayable.

XIII

Para Lucy

¡Abuela! Volemos papalotes.

De sueños, hijo,
vuelan mejor.

¿Con hilos de agua?

No, con rayos de sol.

¿Y si se rompen?

Bueno,
escogeremos los dos.

Que rezumben, abuela.

Que rezumben, mi amor.

Abuela, el viento
se acabó.

Sostenlo con amor.

Abuela, el mar me despertó.

XIV

El mar,
dondequiera que vayas,
sigue.
Duende azul,
cómo quitarnos la sal del cuerpo
y reposar del hechizo.
Cómo dejar de ser coral o delfín,
playa infinita si nos creciste dentro.
Tenías razón, abuela,
no basta con morirse.

ENTRE EL ROJO Y EL MALVA

A Jesús Antonio Bello Gervacio

7

Te esperamos en esta esquina y en la otra,
en esta ciudad que se desvive por perecer,
en esta ciudad que me contó el abuelo,
la misma ciudad que te cuento:
para cuando tú conozcas la luna,
para cuando tú leas este poema
nadie te diga que era polvo,
nadie te diga que era río;
para que sepas que tu padre
quiso robarle una metáfora a tu placenta
y no desayunó esta mañana.
Te escribo con el mismo suéter del año pasado,
con la misma ilusión de la primera hoja,
con la misma máquina y en la oficina
donde el tiempo se recuesta sobre la pluma y el lápiz.
Te escribo para que mañana tú puedas reclamarme
por los despojos de esta ciudad,

por las flores y las palmas
y por la canción perdida del abuelo.
Te escribo
para que sepas que te espero en el último autobús
del día veintisiete,
para ver reír tu sonrisa de duende.

De
El responso del gato
(2001)

Estos ojos abrirán la noche y consumirán el vestigio del gato,
nada del silencio los apartará del siniestro canto.

El gato escucha.

La rodaja del río estaciona alas en los quicios de las tejas.

En número el nombre casca la voz que dejaron los almendros.

El gato tartamudea una sacudida de lomo.

Estos ojos que abrieron la noche

lo miran, lo enferman con sus váguidos de meretriz.

Ellos arrastran estrellas con el meñique

y las siembran en el vientre del gato y en las solas.

Las solas

con su menstrual plegaria indigestan a la luna,

saturan las camas de hormigueos y salivan interminables.

A lo lejos cantan.

Los grillos secan todo lo que se dejó oculto.

Estos ojos cerrarán la noche.

Las orejas del gato tempranean.

Signo del maullido, el vientre de la noche.

Fisura en el pabilo por donde escapa la oscurana.

El ratón de viento a tientas persigue la frescura de la sombra
que como rezo nombra las partes nobles de la luna.

Un como péndulo de hojas frasea la ceguez de los idos,
su andar se vuelve tartamudo y el silencio es como un silbido,
trepa por los almendros más felino que el ademán frugal del gato;
entonces, la suerte acaracola con los lentos movimientos la ira

[de los músculos,

la pesadez de la noche cae al principio, se enrosca al pudor de

[los ángeles

y en la humedad de las solas.

Las solas: río donde el gato bebe enigmas.

Mejor: los enigmas del gato están en las solas.

A Julio Zenón

Esta luna es de gatos,
lo constatan los quinqués en quieto.
Esta noche los gatos dejarán por un rato su oficio,
voltarán hacia la hembra como hacia la luna.
La noche disfrazará de nomeolvides las calles,
dejando las pausas del maullido cristalizadas.

Para Iván Ángel Chávez

En la nevadura los gatos apremian a la noche,
encienden maneras de contar historias
y aclaran sus dudas ancestrales.
Observan el perfume y la salmodia de los grillos.
¿Por dónde entrará la dejadez a masturbarlos?
Los gatos se cansan de mirar sus cabezas como gatos,
subidos en una embriaguez de luna lo saben.
Afiebrados maúllan en la coloidal estepa de su sombra.
La noche efervesce
y la felinidad abre su anatomía para que entre.

Apeó el más suave maullido y lo soltó paloma,
grisura en el tejado,
dispuso el domingo y sacudió adivinaciones,
miró en el ojal la partitura que apantera la noche.
El leve silogismo del gato perdió su trébol de piel de luna.
Miró a los gimientes y aparecidos en trabalenguas de andar las
[calles.

El gato medita.

La afonía predice muertos,
gastadas letanías para morar sus pasos.

Un paso más y la ebriedad volverá gamo todo lo que mira.

Siestará la noche en las pupilas del gato.

El gato dejará la ira en sus ojos arbolada de tristura
y esperará como quien nunca.

Para Manuel Maciel

Caminan en sándalo las cofradías de la noche
y su pelo, extensión de gato,
encabrita la moraleja que en los almendros inscribe historias.
Los hueledenoches preparan los olores,
vestirán a los que la pupila del felino guiará
por el olvido premeditado de los que duermen.
Ellos, los perpetuos, insinuarán su descubrimiento
con la sordina de sus cadenas,
le harán la travesura a uno que otro.
Los viejos cuentan en la tarde algo del aroma de los idos
y el niñerío se santigua y aguza el oído.
Jerónimo San Juan me lo contó
una noche en la que el viento rumiaba sus corajes
y los gatos sólo eran un presagio en el tejado.

Para Iván Guerrero y Zayury

En los vanos de la puerta todo silencio acecha.
Hay quienes aseguran: la suerte de los caracoles es un tigre en
[la maleza.

Jerónimo San Juan agazapa el salto,
los niños esperan esa extensión de la tarde:
zambullirse en chaneques y Kaiquemmas,
en ánimas y lloronas con cosquillas de miedo en la panza.

Las ánimas van al mar,
recogen canto de sal para untarlo en los ojos.

El mar, benigno, recoge las dudas y las transmuta en olas,
en silencio que de muy temprano arremete contra los pájaros
que no encienden veladoras.

Jerónimo San Juan escupe estropicios, hace de los pájaros
animales indecibles, toca la membrana de las bestias con
agua de sal y las entrega olorosas a tarde.

(Los gatos eran para el viejo, evocaciones, tardes sin salir del
mutismo horizontal en el que se convertían sus ojos.)

Jerónimo San Juan y su pereza felina cazaban aves, pero el vuelo de su mirada, iridiscente gamo, anochecía conforme las historias aglomeraban la tarde.

A Humberto Parra

Llegó con la brisa de mayo un día como de canícula,
aferrado a un trozo de madera y un rosario.
Rezaba la somnolencia del camino.
Llegó con el ruido perfecto de las chicharras
a esa hora de ciruelos punzando en la tarde.
Detuvo todo, dicen las más viejas del pueblo:
por un momento los pájaros abandonaron la sinalefa
y el bullicio de sus cantos sintió descubijo.
Llegó con los ojos llenos de rizos y escamas.
Debajo de un almendro descansó su sombra
y con ese olor de la palabra que cuenta inundó al pueblo.
Cuentan las más viejas del pueblo.

Para Muriel Salinas

El ritmo es menos sólido por el lado del porvenir.

Las palabras de la vieja le erizaron el lomo,
la tarde cayó como el cobre de una moneda,
salpicó a los niños con la silueta y el rebozo,
los niños le siguieron hasta el campo,
la historia y la mirada entonces se perdieron.

Jerónimo San Juan maullaba,
de algún lugar venía ese como rezo.

De algún lugar.

Y era el olor de la Kaiquema y los chaneques subidos en el naranjo
lo que venteaban los perros y eran las campanas despedazando
[los azahares.

El porvenir entró lento, arrastró sus miedos y los enterró en
[la tarde.

Las ánimas pasan por los ojos del gato
como una historia que se levanta de la tarde con las trenzas
dispuestas olorosas a almendro.
Son los gatos los que sacuden los azahares
y los revientan en la noche,
para que los idos caminen sin apuranzas.
Son los gatos, parten la luz y la guardan en la península
venosa de los árboles; Jerónimo San Juan
me dijo una noche de pausas concretas:
Son los gatos y el cielo, son los pájaros,
algo de la ceguez del mar lo que perturba la intuición del viento.

A Omar Salinas

La costumbre de vivir hace viejos a los árboles.
Las palabras se iban como esas palomas del parque.
En los ojos del gato, Jerónimo San Juan colgaba de una rama,
sonreía, todos lo miraban,
predecían al bostezo, ¿cuándo la tarde fluirá de su boca
y se quedará como un alebrije aposentada en los cerros?
La costumbre de vivir, rezaba el viejo.

En las afueras el viento palpa lo que de hembra el río,
ese su vuelo de ticuiricha anunciando el responso.
Lo bajaron aún con el olor de la tarde prendido al ojo
y la suerte de los caracoles besándole los pies.
Alguien afirmó que el día era preciso y los humores del gato
rondaban con el miedo de los tejados entre las cejas.
Los mayores nos prohibieron mirarte, rezamos tres padrenuestros
para que el agua bendita desdibujara el espanto
y el nombre del silencio siguiera apacible perturbando a los
[almendros.
Lo bajaron con el último grito de campana entre los labios,
con ese su nombre de marino extraviado.

La media sonrisa de la noche dijo: avemaría.

Las viejas del pueblo: ruega por él.

Los niños aternuraron el llanto y siguieron jugando.

En la fragua los viejos dejaron que las anécdotas tocaran las
[flores.

El gato percibió la incertidumbre,
en un solo maullido le reclamó a sus dioses.

—Para justificar nuestro asombro —decía—, las solas tienen un
número lunar que de más antes que los peces la historia estaba
[ahí.

—Sí, sí, sembradas en la sal.

El sahumero intrigó al gato, miró al humo estrellarse contra
el techo, como lo hacen las letanías cuando tiritan.

—Como eso que del silencio asoma —dijo un muerto.

A qué voz de la tarde recurrir
cuando las ánimas dejaron este pueblo,
Jerónimo San Juan, ni siquiera la sombra de un gato preludia.
A veces de silencio la tarde era más precisa que el tálamo de la
[palabra.

La fragua en su mirar incendiaba el Camino Real
donde su espera trajinaba con los presagios que venían del mar.
Eso lo recuerdo.

Lo que tenía que ver con el mar lo asustaba,
pero era el gato y su tristeza lo que le zarandeaba el alma,
dicen los viejos del pueblo.

Jerónimo San Juan, éste es el rezo de los idos,
una caída perpendicular, un gesto de perro acitronando la tarde,
un como bullir de pájaros lejos de la voz y la memoria.

El silencio parte con su lengua la ductilidad de los pasos.
El peso del gato es sostenido por la baba del viento,
como una baraja la contusión de la noche anima lo quieto.
Tiende en la consumación del instinto la voz.
La voz mística en el preámbulo ovula.
Éstos son los cormoranes de la noche;
enraman las sombras con eso del trébol de luna,
las siluetas que se persiguen hasta extinguirse.
Ésta es la voz de Jerónimo San Juan:
un silencio en su trinidad perpetuándose.

La cera dejó caer su lengua en el olor de la tarde.
Las flores callaron con un aroma seco las angustias del cenizote.
Gato, tú mirabas hacia el horizonte como evocando lejanas
[hembras,
en dirección contraria Jerónimo San Juan trazaba
barcos para guardar la desmemoria y después hundirlos.
Gato, eran tú y tus dioses ese como siseo que la Kaiquema
[melodiaba cuando
los idos le colgaban a los pájaros el olvido premeditado
de los dormidos para que los graznaran.
Gato, fueron tú y Jerónimo San Juan los que dejaron caer la tarde
como por accidente en el pasmo secular del pueblo.
Jerónimo San Juan, de este pueblo queda un rastro de mar,
una como huella en cada niño, en cada viejo que no termina de
[irse,
en cada historia que en el entresijo sigue cosquilleando,
de nada sirvió el sortilegio de colgarte para condenarnos.

Para no morir de oscurana
el gato serpentea, con los dados cargados del viento, la suerte.
El espanto en sus ojos es un mito
donde la noche se cura de la luna con trébol de gato.
Sólo en las noches sin lunas la feromona merodea la sombra.
El gato está al acecho.
Un quieto pronombre de árboles estira la lengua,
guarda lo que bulle entre el vuelo y una pernicioso caída de
[estrella.

Para no morir de oscurana, dicen,
el gato pronuncia los nombres de la noche mientras copula.

El gato cierra sus ojos mientras sus dioses vigilan.
El principio de la tarde comienza de alguna manera.
Un grillo puede ser el presagio, pero no la rutina,
la voz en la somnolencia de los árboles,
todo lo que esconde un pájaro debajo de las alas,
lo necesario para que el viento encienda las mejillas.
En el azar los gatos pululan.
Los dioses duermen mientras sueñan gatos
prendidos a un ademán con que la tarde ventriloquea.
El gato se apersona del silencio
como alguien que no está dispuesto a pagar la renta y se está.
Simplemente está.
¿Por aquí puede comenzar la tarde?

Corpulentos y miserables son tus dioses, gato.
Sus esquiras amanecen jeroglíficas en el tendedero abierto
que el sol amigdala en la tozudez.
Nada del canto nocturno volteará a mirarlo.
Nada que no tenga nombre dejará de ser.
Gato, tus dioses enloquecerán junto a mí,
tu rutina será la mía,
nada de la ternura en tus ojos nos abrigará.

Escribiré en tristeza, supongo.
En hojas de tristura cabalgas, mejor.
La fe oculta del gato desprende la última hora,
la pega en su álbum de búcaros y mitos.
Yo no sé muchas cosas del mar, Jerónimo San Juan,
pero un eterno Ulises me conmueve en olas,
mi salto de pez se vuelve innecesario
y mi gusto por los barcos se hunde por la proa.
Yo no sé del mar, pues esto de ser gato es la primera mentira,
un girarse al horizonte y caer siempre del lado del viento.
No sé del mar:
de sus branquias terribles,
de su maullido acuático que seduce a las sirenas,
de la sal que cura a los ciegos.
No sé nada del azul que pudre las orillas.

De

No es el Viento el que disfrazado viene
(Poema en cuatro actos y una coda)
(2004)

Para Ausencio Bello Ríos: ya no más ausencia ni llanto

Para Guadalupe López y Aleja Ríos, con gratitud

Para René Rueda

PERSONAJES

MABRÉ: (Es etéreo y terrenal. Mabré es el Viento y el Pueblo. Mabré es todas las voces y a la vez ninguna: es un recuerdo colectivo. El mismo Mabré, cuando habla, es sólo memoria del Otro que fue. Es él todos los personajes.)

VIENTO

NARRADOR: (Quien también será Pueblo 1: P1.)

LÍNEA

AMARILLA: (Quien también será Pueblo 2: P2.)

NIÑO DEL

CUADRO: (Que es Pueblo 3: P3.)

COMADRE: (Que es Pueblo 4: P4.)

CORO: (Integrado por P1, P2, P3 y P4.)

ABUELA

ESPEJO

PRIMER ACTO

CORO: El Viento entra como coruco en el pelambre ágata de las calles.

MABRÉ: Allá en la infancia lo recuerdo, tigre, todo a tropel, explorando cada rincón sin el menor miramiento; luchando con los árboles que cedían algunas hojas, risueño y con la gorra de lado después de su travesura. Cuando paraba en una esquina, las mujeres se santiguaban porque en sus ojos, lo mismo que en su lengua, el deseo era una mano perfecta.

NARRADOR: El Viento de aquellos días traía noticias de manera sosegada. Hablaba al oído y cuando era necesario gritaba en forma de campana o de aullido. Otras veces graznaba y los viejos comprendían el presagio. Entonces el disimulo se volvía un arma, y los rezos, pequeños dientes que buscaban roerle al miedo aquello cierto.

LÍNEA

AMARILLA: Como un niño tras su pelota, el Viento corría hacia abajo del pueblo. Cuando cambiaba de dirección subía de peso y un húmedo olor como de lejos traía entre sus dedos.

MABRÉ: Por él supe la palabra “mar” y de una carretera y de una Línea Amarilla que se tendía hasta que los ojos no podían nombrarla.

NIÑO DEL
CUADRO:

Al mediodía el Viento, igual que un becerro, buscaba sombra y quieto panza arriba se entre-sacaba de las uñas recuerdos. Más de una vez le vi llorar pronunciando nombres de conocidos de su infancia que ya no estaban.

MABRÉ: Más de una vez le miré buscar rostros en su memoria y encontrar siluetas blancas. Ahora sé: eran nombres y rostros de los desaparecidos.

COMADRE: De los que nunca se van, de los que por olvido siguen vivos y tanta muerte no les hace falta.

CORO: Sí, de ellos, de los desaparecidos...

VIENTO: Déjame contarte, decirte este dolor que me cruza como un río y me parte; hablarte sin descanso de este pueblo, de ese pueblo que era, que fue, que aun siendo el mismo ya no es.

¿Sabes? Lo que tengo de nostalgia lo tengo de edad. Desde entonces el grito ahogado y los ojos ciegos de mirar tanto.

Aquí estuve cuando la primera lluvia y escuché lo que dijo sobre cada nuevo techo, en cada solar, en cada brecha que se abría con perspectivas de calle.

Supe por qué llegó la Línea Amarilla y cruzó el pueblo y subió a la sierra.

NARRADOR: Con la Línea Amarilla llegaron los armados verdes y la gente se volvió hosca y desconfiada. La palabra “desaparecido” ramificó sus letras.

VIENTO: Sí, conocí a tu padre. Él tenía el nombre de la ausencia, el cabello negro, la edad trivial de los jóvenes. En sus ojos como cientos de pájaros, el destino. Caminaba firme y con medida. La zancada era larga. Respiraba fuerte porque los olores eran nuevos cada mañana y escuchaba sin parar porque todo él era un ruido.

MABRÉ: ... Aquel Viento bajo los almendros se ponía el disfraz de viejo y siseaba y ceceaba, hasta pasadas las seis, el nombre de los difuntos. Sentado en la orilla de las tejas hurgaba en el bolso de su overol y sacaba un peine con que a los mirtos desenmarañaba, a los almendros les alisaba los recuerdos, a las adelfas les trenzaba sus olvidos y a los tulipanes les encendía sus pétalos. Y luego los soltaba en el frescor de un canto de grillos.

LÍNEA

AMARILLA: El Viento jugaba a la pelota y reía niño. Los niños oteaban la noche y tú los distraías con tus muchas voces: a veces imitabas un gato, luego un bote y, cuando de veras te querías reír, gritar el nombre de todos desde un árbol era tu mejor broma.

MABRÉ: Te vi en bermudas y sin camisa en los días de canícula. Otras veces desnudo en la orilla del río y, pensativo como una salamanqueja, fumándote un cigarro sin filtro, sintiéndote rudo y con la mirada tierna.

Quando me dijiste tu nombre, aquella tarde en la radio se escuchaba música clásica con intermedios de poemas de Trakl. Llovía y yo, sentado en la ventana, miraba tan largamente que la lluvia se volvía tristísima. Tú, sin el arrebató con que zarandeabas a los árboles, soltaste a mi oído: “Pronto la noche arderá en farolas y el recuerdo de ti mirando hacia el sur batirá mi cuerpo y el croar de los sapos será una ventana cerrada”.

CORO: Corría el agua por el fingido urbanismo que a su vez era arrastrado.

MABRÉ: “El sonsonete pesado y sombrero de la lluvia hilvana la memoria de nuestro polvo”, oí que dijiste; “Soy Mabré”. Yo corrí con mi madre y le dije que el Viento tenía nombre y mi madre me dijo que sí, que el Viento tiene muchos nombres.

Ahora sé que te llamas como cada pueblo y que de cada uno sabes su historia.

NIÑO DEL

CUADRO: Un capullo del mar que buscaba entre los almendros corazones de sol para penderlos a tu sombra, eras. Ofrecías tu monólogo y tus preguntas tendían a los pájaros palabras encintas de vigilia. Jugabas con el mar por unas caracolas a las canicas; cuando perdías, el mar te hablaba de ellos, de los sin rostro, de los que en su calladez son la espina. Sí, de ellos; los lluviosos, los sin nombre, de los que no se fueron, de los que se llevaron...

CORO: *(Sale de escena mientras un proyector muestra imágenes de una gota cayendo sobre la cabeza de un desaparecido. Mabré y el Viento frente a frente, iluminados por una luz violeta.)*

De los que no se fueron, de los que se llevaron...
De los que no se fueron, de los que se llevaron...

VIENTO: ¿Escuchas, Mabré? Los pájaros han exiliado al pueblo de sus cantos.

MABRÉ: Mabré siempre es así cuando la lluvia: un gorjeo de agua.

VIENTO: ¿Un gorjeo? Mabré es más triste que la mano de Dios dibujando una lágrima.

- MABRÉ: Del canto de los pájaros, de eso que dicen, háblame, Mabré, ahora que todo lo callado nos revienta. Vamos, dilo: quizá no sea el pueblo el que se derrumba, quizá seamos nosotros los que envejecemos.
- VIENTO: Envejecemos porque se nos mueren los recuerdos y los árboles que vivimos han muerto. Porque la calle en un hueco enterró su infancia y los juegos que jugamos son anécdotas que algunas veces por nostalgia contamos.
- MABRÉ: La luz que en la sombra es sombra destella. El niño que una vez fuimos, somos. El pueblo es un viejo que se cambió de frac. Pero es el mismo que seguimos amando.
- VIENTO: ¿Escuchas? La tarde llora mientras llueve y el mar esconde el celofán de su ternura en cada grieta amarilla de Mabré. Los solos se comen las uñas y al igual que los gatos buscan un tejado donde guarecerse del olvido. ¿Escuchas? Harta soledad son las casas y los pájaros de vez en vez sueltan un graznido, más que por canto, por desmemoria.
- MABRÉ: Los pájaros son los que me duelen, sus chillidos que nombran el polvo que somos, que vamos siendo. ¿Sabes? Me duele este nombre y esta lengua antigua: ya no me habla de las cosas aquellas que del mar atrapadas en las caracolas se quedaban.

Me duelen los que partieron y que no se han ido.
Me duele este pueblo. Me duelo yo...

VIENTO: Te contaré una historia sobre una herida de donde nacen palomas cuando llueve. Y de esas palomas diré que tan luego miran el sol, quedan encintas de palabras que sólo el mar sabe.

¿Sabes? Esas palabras están escritas en los espejos y cuando uno se mira en ellos, la muerte se siente paloma.

Decía: no hay silencio que guarden las caracolas, apenas si su flor de hierro —que a su vez busca las cornisas donde Mabré se sabe un forastero, que va deshuesándose y deshuesándonos el pensamiento.

¿Sabes? Hay un licor que tiene el vuelo de una paloma que a la hora de la lluvia nos encuentra.

Mejor así te lo diré: de mi herida salen palomas murmuradas por una lluvia flexible como las premoniciones.

Las caracolas envejecen porque su mar adentro extravía el nombre y una raída podredumbre de los días enseña sus pájaros y sus cantos.

MABRÉ: Viento cascabel, suenas cobalto entre la piel urdida que raíz de lirio enmohece. Te oyes argonauta y viejo, te escuchas mar. Allá en mi

infancia resoplabas recio y esto de contar te dolía menos. Háblame de él, Viento; de él, que entre tus costillas vivió la historia de Mabré; de él, que de la mano tuya se bañó en el río; de él, que sembró almendros y mangos y supo de ampollas en la mano y anduvo caminos porque tal vez sabía... Dime de él, Viento; de él, que se fue cuando mi memoria no tenía brazos para asir recuerdos; de él, a quien se llevaron cuando yo miraba hacia el sur por la ventana; de él, porque lo mismo que yo cuando llovía, volvía tristísima la lluvia.

VIENTO: La lluvia que se aviene como merolico a peinarnos el corazón con su golpeteo de niña en prisa, la lluvia que sobre Mabré escribió la tristura de la gente porque —¿sabes?— la gente de Mabré es triste.

Conocí a tu padre una mañana en que las palomas buscaban un sitio donde guarecer sus dudas y el río se asía a las orillas para no seguir su cauce. Él caminaba de la mano de tu bisabuelo y le preguntó por su padre. Al viejo se le anegaron los ojos y sólo respondió que apresuraran el paso.

Tu padre cargaba con el nombre de tu abuelo y tú con el de él. La abuela te ama tanto porque, dice, eres el vivo retrato de su hijo.

Apenas el gallo le ponía el cascabel a la mañana, tu padre se levantaba y miraba hacia el sur, a

donde las constelaciones se mueven en secreto para desaparecer.

Tu padre era como la Línea Amarilla: no tenía fin.

MABRÉ: Mi padre es una colección de fotos que no llega a diez. Es sólo la preocupación perpetua de la abuela. Un rostro inmóvil del cual no sé su sonrisa. Una parte de Mabré que solamente tú no olvidas. Es el largo de la calle por donde Dios ha mucho no pasa.

VIENTO: ¿Ves, Mabré, cómo tu tristeza es antigua? De qué sirve que diga: “Tu padre era un ciruelo de frutas dulces”. Decirte: “Su voz fulgía como chicharra en la tarde y sus manos, ramas de parota, te abrazaban pájaro o duende dormido”.

De qué, que te cuente mientras bebes y caes en la trampa de ese animal que te habita.

MABRÉ: El dolor que tengo no punza, es esta olvidadez de ser la que me pudre. Este buscar donde nada hay y todo se encuentra.

VIENTO: ¡Mabré! ¡Mabré! ¿En qué parte del mar naufragas, en qué parte de ti andas perdido, a qué silencio concurre, en qué polvo indagas el polvo que eres? ¿En qué árbol sesteas la mirada? Dímelo, Mabré.

MABRÉ: Soy la Línea Amarilla y la gente que llegó para inundar Mabré; el chapopote que se robó nuestros corredores, la tele, al viejo que contaba cuentos. Dejé de ser el ruido del juego y preferí la sombra. A la lluvia le entregué mi alegría —y son las horas que la lluvia no regresa—. Soy el río que nombra las piedras porque agua ya no corre. La memoria de los sauces incesantes de recuerdos para que sus trazos de pájaros no se sequen. Soy los almendros de la calle cada vez más vieja. El parque a donde los niños no concurren a imaginar historias. Soy la danza que todos nombran pero que nadie baila. Soy Mabré, el niño muerto, la ciudad mal planeada; el hueco en el hueco.

VIENTO: Mabré, tu dolor es de lejos. Son tus labios que no dijeron muchas veces “padre”. Son tus manos que no le abrazaron; es la ternura que tienes dentro como un cáncer. Son los días en los que esperabas mirarle llegar por el final de la calle. Es tu forma de odiarle con ese amor con el que muchas veces le reprochaste a Dios. Eres tú, Mabré. Eres tú Mabré, el que rumia la vida y no la ladra.

MABRÉ: ¿Escuchas? Los pájaros han exiliado al pueblo de sus cantos.

Y los cantos traen de lluvia las gotas mansas de la muerte.

Y la muerte que miramos no es la que nos duele.

Lo que nos duele es esto que ha dejado de habitarnos.

VIENTO: Lo que nos habita viene de más antes.

Y de más antes no este silencio, sino la herida de donde nacen las palomas.

Las palomas que depositan sus dudas en las grutas del gallo como certezas de haberse encontrado.

MABRÉ: No es el espejo sino la memoria, el encuentro.

La Línea Amarilla que nos evoca el punto medio.

La mitad errante que a veces nos desboca como si río anduviéramos.

VIENTO: Somos agua que anda, polvo fértil del polvo que calle se muere; calle que estéril de juegos su animal desgaja...

¿Escuchas? Los pájaros han exiliado al pueblo de sus cantos.

MABRÉ: ¿Canto fue la infancia? ¿Hilo de papalote en vuelo?

Raído estaba más de antes, Viento.

Mabré diluyéndome como cuento cuando baja
la tarde.

¿Escuchas? Los pájaros han exiliado al pueblo de
sus cantos.

CORO: (*Entrando a escena en procesión.*)
Los pájaros que cuentan
las cuentas pardas del rosario.
Los pájaros que me llaman: Viento, Padre, Niño,
Pueblo... Mabré, Mabré, Mabré...

SEGUNDO ACTO

Un Viento capa marrón con las piernas abiertas en medio del escenario. En la habitación se escucha un soliloquio, interludio de flauta. Una mesa en una esquina, con una flor marchita y de color amarillo (lo único alegre que se mira), contrasta con un cuadro azul del mar; hojas esparcidas sobre la mesa y por el suelo. Una luz al fondo ilumina vagamente la silueta de alguien que mira por una ventana —a su vez, ojo.

Tiempo: Día martes, pasadas las tres, una madrugada de aves agoreras.

NARRADOR: *(Fuera de escena.)* Veamos: difícil el rumor soprano que avecina el Viento. O sólo es ese gato estirando las patas con desgano, la otra nostalgia de árbol puntiaguda. Shhh, shhh... Mabré mira por una ventana que lo observa hundirse en el trasfondo del silencio brillante a lo lejos: Mabré, ala muerta a esta hora es la queja.

LÍNEA

AMARILLA: Hay que contar, ser precisos, alargar la mano para devolver los días, el insomnio corolado, los ojos adentro de Mabré, la brisa pertinaz de aquellas horas en que el espejo reflejaba la imagen del suicida, la ciudad al fondo sobre el riel

fecundo de la noche, aquel martes encinto de
alas fulgurantes.

MABRÉ: *(Abstraído.)*
De vez en cuando hay que sacar la basura
dejarse pudrir
beberse la muerte a sorbos largos
gozar su lenta alegría.

VIENTO: *(En tono burlón pero preocupado.)*
Cierra la ventana
deja que mi puño lanoso
arranque de tu mirada
la alergia tenue de tu muerte
pero no mires en el espejo.

MABRÉ: *(Como si fuera coro de voces que llueven.)*
Qué otro golpe lanoso sabes contra las ventanas,
Viento,
si el día zapatos blancos muge.

*Larga pausa del Viento; antes de contestar, medita su respuesta.
En la habitación cae una manta y descubre un espejo, un óvalo
de luz enseña una vieja mecedora polvorienta, una mano invis-
ble la mueve en círculos cada vez más complejos. Mabré fuma sin
hilaridad. El Viento carraspea.*

VIENTO: *(Aclarando la voz, dando un portazo donde no
hay puerta.)*
Tú
dices que dentro de ti habita ese animal estero:

a veces tigre,
oruga,
chaneque, cabrón,
santo milagrero...
¿Sabes?
El brillo cenizo de los espejos es mortal.

MABRÉ: *(Sin mirar a otra parte que no sea la ventana y con voz de un más allá.)*
Te diré
de este que soy y no
o
del otro que es.

CORO: *(Sale del espejo y torna ambarino el ambiente.)*
De ese que tiene carácter de llovizna,
manos como ramales de río,
ideas como veredas que llevan;
de él,
del que tal vez nada sea cierto.

VIENTO: *(Filosofando y deteniéndose ante el cuadro del mar.)*
Hay que decirlo así,
ahora que todo se vuelve incisión,
otredad y mueca,
mismísimo lado.
Ese lado eras tú,
abierto de tajo.

Mabré gira la cabeza y mira el cuadro del mar, enciende un cigarrillo y como si mirara afuera.

CORO: *(Intentando componer la historia.)* En el cuadro del mar hay un niño que mira por una ventana.

MABRÉ: *(Corre hasta la mesa, toma algunas hojas y sin esperar más lee un poema; su voz es diametral y vaga.)*
El brillo cenizo de los espejos corta.
Los ojos reflejados son el filo del tiempo que cada
[día nos vuelve más suicidas.
En los espejos el silencio grita bífido nuestros
[miedos.
Sólo en los espejos algún día podremos
[encontrarnos.

VIENTO: *(Confirmando cada palabra que dice, deja de mirar el cuadro y, aplaudiendo a Mabré, suelta unos versos.)*
El brillo de los espejos es mortal.
Los que han mirado enfrente de sí: los ojos del
[suicida lo aseguran.

MABRÉ: El que sostiene la pistola junto a la sien no soy yo.

VIENTO: ¿Quién mira sin mirarnos y nos abraza sin ninguna pretensión?

MABRÉ: Yo, sólo miro en el espejo...

Cae el telón —por accidente—. Durante este lapso el Narrador, con voz estridente, ocupa el espacio, declama, intenta contar una historia.

NARRADOR: ¿Saben?
Baste con decirlo así:

vengo del mar lluvioso
sin nombre,
donde un espejo de ojo cerrado
contiene una habitación similar a ésta
y me mira.

El telón se alza. Un proyector se enciende y cacarea unas imágenes en blanco y negro. En ellas aparece Mabré, sentado en una mesa rústica, frente a una hoja en blanco. Mientras escribe, en voz alta repite.

MABRÉ: La noche,
 anatomía de velorios,
 rostro pensante,
 efímero,
 piernas largas hasta la madrugada.
 (Hace una pausa mientras fuma.)
 La noche tiene manos.
 En una,
 los nombres de los pájaros sueltos;
 en la otra,
 el corazón de Dios.
 (Repite, aún sin convencerse.)
 El corazón de Dios. La noche,
 ojo que ostentan un par de grillos,
 una estrella
 y esta calle,
 damisela en espera.

Mabré relee, estruja la hoja y la lanza contra el espejo descubierto —que también guarda una historia—. Entra el Viento a escena disfrazado de Mabré, dando voces con eco.

VIENTO: *(Arrojándose al suelo y lanzando hojas al aire, con el mismo poema.)*
En los espejos,
el brillo cenizo de los que miran
es un canto.
Las veces que la muerte nos mira
con la esperanza de mostrarnos los ojos.

CORO: *(Vislumbrando que más no puede pasar entre Mabré y el Viento.)*
Bien...
Una vez más,
el poeta mira por la ventana
mientras
caen sobre el techo las gotas más afinadas del
[verano.
Truena como si fuera la primera vez.
Mabré se levanta a cubrir el espejo
siguiendo los consejos de la abuela.
¡No vaya a ser que lo parta un rayo!

La mecedora, que sigue girando, es detenida por una mano y una silueta se sienta en ella. Queda de frente al espejo cubierto; sí, es Mabré. Sonidos de que la lluvia escurre se dejan escuchar.

VIENTO: *(Aún tirado en medio de la habitación, quitándose el disfraz, hace el recuento de los suicidas que hubo en casa y, dirigiéndose a Mabré, grita.)*
Son las palabras de la abuela
las que te duelen.
El tristísimo mirar por la ventana.

El agua escapándose,
diciendo en su arrastradez
que aquí
sólo se muere de viejo.
*(Se sienta frente a un espejo imaginario y queda
rígido, con la máscara de Mabré puesta.)*

CORO: *(En estribillo interminable.)*
El agua, la noche, los espejos, el brillo, las palabras.
El agua, la noche, los espejos, el brillo, las palabras...

NIÑO DEL
CUADRO: *(Apareciendo sin otra razón que ser el comienzo de
un poema.)*
La habitación empeñada en llenarse de recuerdos
va escapándose por el espejo.
Hacia afuera, el todo nos precisa que es mejor
[estarse
adentro; pero dentro, sólo esta podredumbre
y el alma que disimula que no ha pasado el tiempo.

MABRÉ: *(Continuando el poema.)*
Sumo mis ojos en él
como esperando sacar una trucha,
un poco de alivio
o, por así decirlo,
“miro nada más por mirar”,
pero el tiempo se deshace al intentar cogerlo con
[las manos.

VIENTO: *(Haciendo lo mismo que Mabré, agrega.)*
La voz de la abuela
es la imagen de a quien le roban el alma.
Siento sus manos pasar por mi pelo,
indagarme en el pecho respuestas que más nadie
[sabe.]

NIÑO DEL
CUADRO: *(Con cierta nostalgia.)*
¡Ah! La abuela...

MABRÉ: *(Con voz quebrada.)*
Vieja sabia...
¿Sabías?
En los espejos están escritas todas las palabras,
menos una.

VIENTO: *(Arrancándose la máscara y serpenteando por la habitación.)*
Para qué decirla
si los espejos tienen cerrado el ojo
y sólo lo abren una vez en la vida.
Y es cuando se rompen.

MABRÉ: *(Disfrazándose de Viento, va hasta la ventana; la mecedora queda patas arriba porque se ha levantado con fuerza. El espejo descubierto mira a Mabré, que tiene una faz de miedo. Termina el poema.)*
O, por así decirlo,
cuando alguien se sienta frente a ellos
y los mira

el rumor soprano que avecina el Viento
nos lo dice: “Ellos no volverán, nunca se han ido”.

NARRADOR: Goterones de música de Beethoven
empalidecen la habitación.
Mabré al fondo es solemne;
la ventana así lo permite.
La mirada abyecta del Viento
es copia de la de Mabré,
la misma del Niño del Cuadro.
Pronto la noche arderá
y el croar de los sapos cerrará la ventana.

VIENTO: *(Como un eco de oraciones perdidas, que ahora son
el polvo en la fisura, y arrastrando las palabras.)*
¡Ha tiempo que el nombre de Dios no se
[pronuncia!,
pasa por la calle como pasó la infancia. Pasa de
[largo. Largamente.

MABRÉ: Hablaré de la infancia...

NIÑO DEL
CUADRO: Yo soy la infancia.

VIENTO: La infancia es una hoja de almendro que cae al
mediodía.

NIÑO DEL
CUADRO: *(Suspirando largo, como recordando.)*
En la calle había un árbol de hule,

viejo como la sal misma del pueblo.
Dos almendros hilvanaban la memoria de
[nuestro polvo;
los pájaros eran lo mismo que nuestra infancia.
Lo único quieto estaba al mediodía
y en los ojos de aquel que miró por la ventana.

MABRÉ: *(Buscando al Viento y evitando la mirada del Niño del Cuadro.)*

Sentados en la ventana mirábamos la lluvia
tan largamente que se volvía tristísima.
Corría el agua por el fingido urbanismo
—que a la vez era arrastrado—.
Otras veces jugábamos a los barcos
o simplemente a mojarnos.

VIENTO: *(Entrando por la ventana con un pañuelo en la mano.)*

El Niño del Cuadro llora,
repite los nombres queridos de las escasas cosas.

Las luces parpadean, mostrando el rostro de los tres. Los tres lloran. El niño sale del cuadro y se dirige hacia el espejo. El Viento se adelanta y recoge la mecedora; en el trayecto ha levantado la máscara de Mabré, que fuma hasta quemarse los dedos y arroja la colilla por la ventana como si se arrojase él. Camina en dirección a la mecedora; al unísono, Mabré, el Niño del Cuadro y el Viento comienzan un poema.

MABRÉ,
NIÑO DEL
CUADRO

Y VIENTO: *(Jorobando la voz.)* Soy un capullo del mar que busca entre los almendros corazones de sol para penderlos a mi sombra. Ofrezco mi monólogo a esos pájaros que se callan como árboles al fin de las estaciones. Déjenme decirlo así.

Casi al mismo tiempo en que terminan el poema los tres se sientan en la mecedora. De golpe, el espejo se ilumina reflejando sólo la cara de Mabré; todo lo demás ha desaparecido. Mabré sostiene una flor entre sus manos, amarilla, fresca, pero triste. Se apagan las luces, el telón no cae. El Andante allegro con anima, de Beethoven, es el sollozo de Mabré. Una luz verde ilumina el espejo salpicado de sangre y se escucha la voz del Viento dejando caer su mortaja.

VIENTO

Y CORO: De ruido y voces se alivian los viejos; Mabré, de silencio.
De ruido y voces se alivian los viejos; Mabré, de silencio.

Se oscurece la habitación, el verso es interminable, hasta que un rayo como de sol entra por la ventana.

ABUELA: *(Fuera de escena.)* El canto azul que envenena el cielo se ha vuelto de un gris rumiado, que duele, así, a simple vista. Mabré llueve y llueve en Mabré.

Horas de viento he soportado, Línea Amarilla.
He intentado seguir las huellas de aquellos pesados camiones verde olivo que llegaron para ya no irse más. He seguido la ruta hasta que mis ojos no soportaron tanto recuerdo, escuchado su aleteo de ave fusionarse con el horizonte, mirado bajar por su largura gentes en busca. Me he encontrado con los ojos en blanco de la memoria colectiva.

TERCER ACTO

NARRADOR: En su cinabrio, la Línea Amarilla duerme casi gata —dijo el Viento que disfrazado no venía.

LÍNEA

AMARILLA: No es el Viento el que disfrazado viene, Mabré, son estas ganas de mirar la Línea Amarilla recostada y dormirse frente a ella y no despertar más.

NIÑO DEL

CUADRO: Mabré, en su acostadez hay supuraciones, días que recordar no quiero, palabras que al nombrarlas semillan, semillas que al abrirse hieren...

LÍNEA

AMARILLA: De heridas, Mabré, no hablemos. Dime mejor que su nagual es un papagayo, o que antes de ser carretera era camino real, vereda, trazo para andar, lomo de iguana para ir... Déjame mirar, escuchar su respiro de animal soleado y su estar de gata vieja.

VIENTO: De Mabré al puerto estaba lleno de zazaniles, de árboles de cacahuananche, de guamuches, de palmeras, de mangos, de arroyos, de ríos, de pájaros, de culebras, de piedras con nombres, de olores

desconocidos, de hojas secas, de ruidos... De historias que del mar yo susurraba...

CORO: Mabré, Mabré, deja que esta calladez de imágenes me invada y me tumbe rumor, aleteo de agua, solitario pregón, lluvia, nada.

NARRADOR: En la Línea Amarilla cae la lluvia disfrazada. Lluvia y línea llegan a Mabré casi en huesos.

Huesos que reposan bajo el asfalto florecen como ciruelos y palmas, como zacates y baches sin recuerdos.

VIENTO: Mabré, mira la lluvia caer largamente. Mírala y enferma con su golpe interminable de corazón de Dios. Observa su caída en onírico suspenso como si pájaro fuera. Vístete de gris y sé el aposento donde el que recuerde vierta la ya contada historia que es la vida.

CORO: Mabré: Así en el sur como en el norte, a boca-jarro de mar, sea pues su nombre.

MABRÉ: Las hormigas ya no sospechan al almendro. Antes de las lluvias subían marciales hasta la rama más alta y tierna para dejarnos el verano abierto a la pregunta: “¿... Y las hormigas?”.

VIENTO: Las parasol se han mudado a las calles más lejanas de Mabré.

LÍNEA

AMARILLA: Escucho sus afanes golpear contra mi dureza. Las escucho caer muertas de cansancio ante la piedra amalgamando, añorando el verde del almendro.

MABRÉ: Las hormigas en su interminable hilera esculpían sonrisas en mis labios, su avanzar tenía algo de río en creciente. Algo de su ir y venir me hechizaba: quizá era la fuerza de sus seis patas ante el peso de la hoja. Tal vez, su sentido de ayudarse la una con la otra.

VIENTO: Línea de telégrafos, las ápteras. Tal vez aparezcan cuando ellos vuelvan.

MABRÉ: Ellos —al igual que las cortahojas— ya no volverán. No hay almendros que los devuelvan a la superficie, rezos que los hagan fantasmas ciertos.

LÍNEA

AMARILLA: Las hormigas —al igual que ellos— están aquí horadando siempre, siempre regresando en voces de agua.

VIENTO: Aún las tengo aquí en mi panza haciéndome cosquillas. Me cuentan historias de tu padre.

- MABRÉ:** Mi padre tampoco volverá.
- Tiempo que es un dolor en el estómago de la abuela y una tristeza inabarcable. Es la miel que las hormigas ya no le robarán al almendro.
- CORO:** Esta gotera llenándose de sol es Mabré: al norte colinda con el mar; al sur, con todo lo que puede llamarse agua; de las otras dos direcciones siempre llegan los barcos. Sin embargo, Mabré no es una isla.
- MABRÉ:** Este río de lodosa nostalgia muere lo mismo que un pájaro huérfano de árboles. El río crecido era la abuela con su jícara de cirián haciendo crecer la tarde —como una chicharra que cuenta las olvidadeces de los hombres.
- COMADRE:** Aquella vieja, tan vieja como sus aguas, decía: “A las seis los vivos se confunden con los muertos; es otra manera en que los pájaros arrebolan los árboles”.
- VIENTO:** Para hablar del río que cantan los gallos es menester una taza de café con pan, Mabré.
- MABRÉ:** La abuela hablaba del río como si la historia de Mabré se contara en agua.

VIENTO: En aquella calle cada hueco tenía sentido; cada piedra, de qué hablar. Las hojas caían por el canto del Viento, no por el verano ni por otra estación.

MABRÉ: Mabré no es una calle ni aquella plaza donde comenzó la historia, ni es ese río purulento ahora, ni ese extenderse sin crecer, ni esta puta nostalgia de querer ser niño otra vez.

VIENTO: Sé los nombres de los pájaros cenizos, el aullido gutural del perro de agua cuando busca hembra, el líquido pensamiento de los arroyos cuando juntan sus ansias a las del río. Pero, tu dolor, Mabré...

MABRÉ: Son las hormigas, Viento, las malditas hormigas que no vuelven.

CORO: Amanece como en cualquier otro lugar: sin cantos de gallo cifrándose a los árboles. Mabré solamente despierta, abre los párpados de niño hambriento. Las primeras casas nacen de la neblina; de ahí mismo, el rumor de los hombres.

MABRÉ: Bajaron como ápteras hacia el hormiguero aquellos camiones verdes. En su panza no llevaban la miel para sus críos sino la orfandad de muchos como yo.

¿Sabes, Viento? Ahora tengo fuerzas nada más para dormir, para decirte que la Línea Amarilla pasa como un papagayo y entra en el insomnio

de las palmeras para ya no susurrar esto que sé...
Y sé que los verdes miran el vuelo de esa ave silenciosa que en algún lado encontrará su nido.

En mi infancia, la Línea Amarilla iba de Mabré al puerto, más lejos no había y sabes, más lejos no hay que esté cerca del corazón, que no esté ahí en la infancia, que no siga ahí en el ornitorrinco del dolor.

¿Sabes? También sé que en Mabré ya nadie vuela papalotes, que a las tres ya no huele a pan y que a las cinco los niños no se reúnen para jugar a las canicas; que en Agustín Ramírez el peluquero de la esquina murió bajo el almendro, y que lo mismo que las hormigas los columpios del parque se sumieron en la calladez.

Pero, qué te digo si tú sabes más de esto que más nadie. Dime, Viento, dímelo ahora que la Línea Amarilla está en silencio, ahora que la abuela mira al horizonte y los párpados de Dios se cierran, ahora que duele menos Mabré, ahora que me duelo menos.

VIENTO: Hay horas, días, noches enteras en que la agonía del otro es la nuestra, Mabré. Lapsos en el tiempo en que es mejor apuñar los dientes y las manos, veces en las que cerrar los ojos no basta y te mueres un poco o un tanto de este filo que pasa.

MABRÉ: Habla claro, Viento. Como en aquellos días en los que me regalabas piruetas o me ofrecías un cigarro. Cuéntame de mi padre para tocarlo, para que se rompa como burbuja de río. Describe su aliento de fauno, sus manos con largos dedos que pasen por mi pelo. Hazlo, Viento, deja mirarlo.

VIENTO: Cierra tus ojos, Mabré... Te hablaba de este pueblo y de la canción perdida del abuelo, para que tú pudieras reclamarle por los despojos de estas calles y por las hormigas.

Ahí está tu padre sentado en el fondo, con ese fuego en los ojos que es el recuerdo, bajo la sombra de un almendro tumultuoso. El aire no logra desenfadar su postura. Suda. Hay fatiga en su rostro, tiene las piernas desguanzadas y las manos sobre la barriga, respira pausadamente con desgano; todo él es ausencia. Míralo: te sonríe, Mabré; acércate a su pecho. Escucha, sabe que ha de irse, por eso sus ojos se han puesto vidriosos. Prueba la sal de sus lágrimas y atrapa esa palabra.

MABRÉ: Dueles, Viento, dueles más que un Día de Santos Reyes. Dueles del carajo: como un juego de hoyitos o de escondedero. Dueles sin doler y matas. Y uno se muere y sigue aquí: venadeando a la vida, siendo su presa.

CORO: *(Mientras las figuras de Mabré y el Viento se difuminan en una niebla.)* Sus casas son de adobe, de

techos altos y rojos. Las ventanas están abiertas para que las casas se aireen. En sus corredores cuelgan hamacas; santos, a los que nadie reza.

Telón.

CODA

Esta vez el viento despereza la mirada
aclara su garganta
motiva su rabia
acomoda su animal
salta sobre su nombre ahora lento
nadie como él para jugar al escondedero.

“Aquel viento”, JACINTO VALTIERRA

CORO: El Viento torvo se enrama,
zapatea sobre los árboles.
Abrácenme, brama, silba,
huye encabriolado:
dos árboles adelante desgaja su ira.

Regresa calmo, de puntillas,
sin el sombrero delirante,
con los ojos puestos en una nube que se
[expande
en el vientre amplio
donde más no cabe.

Si algo más cupiera,
no sería el flautín de los grillos
ni el lapso en el que cae una hoja;
pero sí los ojos de Dios quebrando
la mueca lunar de este canto:
el rostro blanco del desaparecido,

la tenaza ruda de las ápteras,
la sombra magra de los almendros.
Sopla.
Sopla gorgoritos la piedra
 cuando el Viento pasa por su en medio.
Da de pasos en voceríos el véspero,
tienta la tierra como si lluvia fuera.
Afuera Mabré, mientras, se deslinda de los pájaros
y los pájaros exilian a Mabré de sus cantos.

El cuello deambulante del Viento —todo cuello—
como gallo busca en tierra
aquellos signos que del polvo.
Aquellas caras que en el silencio.

Ahora la tristura de las cosas revienta:
se hace árbol, se otoña,
se pronuncia en dejadez.
Un gruñido tibio encarnará la noche
y en hojarascas los alisios
 desganzarán las manos
en la luz apuñada por los lindes.

LÍNEA

AMARILLA: Las alas son el quieto panorama después de llover
—dónde el Viento—
si bajo las hojas los insectos han cesado.
Las palomas menudean y los árboles como
sentimentales se piensan los nombres largos de
 [los desaparecidos.

El ceño limpio de las casas en Mabré es la
[espera.
Las gentes, de todas formas y de cualquier
[manera, son ese Viento de todas horas.

Saca de su sombrero mi nombre conejo,
me enseña el overol donde guardaba el peine con
el que llenaba de música a las plantas, se fuma
mis cigarros
y les mira los calzones a las chamacas.

*(Se apaga la luz azul y una marrón deja ver el
espejo. El Viento con voz de niño al comienzo y
engolándola hacia el final.)*

Verán

mi ojo gusano seco:

sangra.

Sangra como luna fantasiosa

sobre la Línea Amarilla

donde, pinches, los chaneques

se juegan las verijas

jugando al juego del escondedero...

Donde tú, Mabré, lloras

porque esperas la llegada de las hormigas

mientras miras una foto desgastada.

*(Mabré disfrazado de Viento entra por la ventana
con una máscara puesta; la habitación toda se
vuelve violeta.)*

Hormigueante el Viento

—voy a decirlo—:

babea,

alza faldas,

chucha ojos,

tienta

él,

sexudo sin moraleja;

dice:

“La casualidad existe,
es una bella dama.
Está allí,
me abraza,
me desgaja porque me habla de la infancia
y me dice que Mabré se va cayendo
al pozo duro del olvido”.
*(El Viento se mueve de un lado a otro con ojos
desorbitados.)*

CORO: Hacia atrás sólo está el recuerdo,
una parte de nuestra historia que a veces es
[mejor no recordar;
atrás sólo el dolor que ahora nos habita.

MABRÉ: Del futuro es mejor no hacer conjeturas.

VIENTO: *(Levantándose del suelo, zafándose la camisa de
fuerza, hace como que corta una flor e inicia un
soliloquio.)*
Me gustan los días con viento y menuda lluvia,
caminar hasta llenarme de esa nostalgia que
[fortifica,
sentir los ojos ahitos de mirar,
mojar mi cuerpo con ese silencio que sólo la
[lluvia,
dejar que los pensamientos me inunden con ese
[chipichipi.
Sí, Mabré,
para después hablarte de tu padre.

Las luces van cerrándose hasta ser una; la habitación queda apagada. Sólo se escucha la gota que cae después de una pausa. Junto con la luz aparecen, en este orden: el espejo manchado de sangre, la mecedora y el cuadro del mar —sin el niño, que ahora está sentado en el proscenio jugando a los barcos con la camisa de fuerza.

NIÑO DEL

CUADRO: *(Que es el Viento disfrazado, mueve la cabeza como si tuviera un tic, continúa el soliloquio.)*

Ese que habla con las piedras
y mira en el doblez del color
y rumia.

Ese que hace vértebra la palabra
y mira en su precipicio
es tu padre.

(Desvaría un momento porque el espejo estalla y continúa.)

Uno, dos, tres, es la cuenta;
luego: tren,
trenísimo,
trenísimo desbarrancado,
hado en volantín,
rodante hado
y claro,
otra vez, luna,
tuna,
asimismo canción.

VIENTO: *(Cruzando por detrás del cuadro del mar, disfrazado de Mabré, continúa lo que dejó trunco el Niño-Viento.)*

Tras
plas
contra las piedras
y plas
tras
el sainete,
polvo jinete,
así caerás:
sobre la árida lluvia del destino que babea
huérfanos y viudas,
consignas y manifiestos,
zozobras y duros días.

MABRÉ: *(Concluye el soliloquio.)*
Ya lo dije,
alebrije, el Viento que perfila sus manos en la
[mano que cruje,
mono mono,
mono y mano de mar,
que espuma inventan
hasta dejar la calle vacía
de juegos niños.

VIENTO
Y MABRÉ: El Viento cae...
Cae el Viento:
niño contento.

MABRÉ
Y VIENTO: Canta el río,
cauce y causa,

pájaros inéditos,
trémulos de alas,
hibiscos
bizcos
pero en vuelo.

ESPEJO: *(Donde Mabré y el Viento son uno.)*
A ras de suelo
sombreados agoreros los árboles solícenicientos,
las cucuchas embuchan
semillas,
ruidos
y este aullido arrastrado,
rebotante,
que el Viento de su gabán madroño
sin moño suelta hijo,
como el grito de una madre
que sabe que del mar llegarán sus voces,
mas no sus huesos,
para que el alma descanse.

CORO: *(Salmodiando como desde una iglesia.)*
Ah,
el Viento sin aliento,
sopla y desboca
su pendejez medida
de ida y vuelta,
suelta otra vez su envés en ruta,
gruta sin hilaridad e idiota,
esta oquedad sin pies y pilorada,
malquerida,

Sobre el riel la rueda va silenciosa por el canto
[de las cigarras,
los alisos carambolean contra las piedras
mientras los pájaros se hacen al hueco del
[véspero,
el humo trasiega en busca de una nube,
donde solitaria la mirada el tren pierde.
*(El Viento en posición fetal tiembla; bajo la camisa
de fuerza grita, ulula un poema.)*
Un tren casi interminable
con su mano farola
abre la oscurana.
Un salterio de ruidos
arroja la noche-boca en la mirada,
la noche arde de negra
su ojo,
animal mirante,
encendido espejo
me llama.

*A cuadro la flor marchita, donde antes estuvo el Niño, bailando
encima del espejo; ruido de la mecedora que se balancea bajo el
peso seco de un cuerpo.*

MABRÉ: El que mira por la ventana anida en la cabeza de
[un niño
sentado bajo el almendro más grande de la calle.
*(El proyector muestra imágenes de hombres y
mujeres desaparecidos, a contraposición de donde
ocurre la escena.)*

La calle existe y es una pregunta tendida a los
[pájaros.

VIENTO: Un punto murmurado en sus ojos
la sola vaciedad del horizonte,
el instante en que la lluvia se vuelve un capullo,
una hidra pendiéndose sobre el que mira
hacia la vastedad vacilante y extendida,
donde la Línea Amarilla extiende sus alas de
[animal sextante.

MABRÉ: *(Como quien no sabe ni olvida.)*
Soy Mabré.
Reviento en esta hora
en que a cuatro voces
una voz
es el perfume de un perro de agua
y el Viento grita el nombre de mi padre.

VIENTO: *(Voz desaliñada.)*
¿El mar, la mar?
Brillo inmenso del espejo de Dios
que como un alfiler se adentra en Mabré,
ese Mabré cansado
donde las viejas siguen a la espera de las
[cortahojas,
donde sigues tú, Mabré, con el rostro en blanco
de tu padre metido entre las costillas.

Flautas y voces rudas trepidan en poemas, el telón baja y sube rápidamente y asimismo cesan los poemas; la oscuridad es absoluta.

CORO: Hay que decirlo así,
contarlo de esta manera:
ahí donde los ojos encuentra su extensión
y son un curso de certezas,
las deshoras del sueño,
la sin trazadura costumbre
de ver hasta volverse incongruentes,
avecillas perfectas,
suficientes...

MABRÉ: *(Interrumpiendo las voces.)*
Nada tengo en decir: he llorado.
Sí, los hombres lloran.
Válgame decir: he llorado
cuando nace una flor
o sonrío un niño;
he llorado por mi padre,
por ese viejo que conozco sólo en diez fotos.

Se deja ver la silueta de Mabré frente a la ventana, la mecedora, el espejo y el cuadro del mar, donde el Viento, en cuclillas, mira al Niño del Cuadro jugando a las canicas.

MABRÉ: *(Carcajeándose, empieza a rayar las paredes con gis fosforescente; las rayas se vuelven letras apretadas.)*
Hela aquí,
la palabra
muda,
ciega: espejo delirante, hondura,
saeta devuelta. El reflejo
sin música,

ya recuerdo
con lluvia,
vidrio enfermo,
cuerdo amenazante,
animal adentro,
ojos, penumbra,
cárcel,
brillo ruedo
matante...
Así tu recuerdo, padre.

Luz neón; Mabré, el Niño del Cuadro y el Viento comienzan a ponerse cada cual una camisa de fuerza, caminan hacia el centro de la habitación, sus figuras se van difuminando. Mientras una mano cubre el espejo, la mecedora se vuelve visible; en ella está sentada la abuela de Mabré que, libro en mano, lee en voz alta.

ABUELA: Pasará la noche con su saco de la suerte
y con su mirada de no me olvides;
pasará, porque la cabrona tiene que pasar:
mostrará sus dientes de niña cojonuda
y sabrá que el dedo de Dios es un dardo,
un pájaro que vuela y cae porque le da la gana
así,
sin más,
con toda su locura,
sobre ti que miras por la ventana,
por donde no ha de volver al que se llevaron,
ni las hormigas de barriga dulce que habitan la
[nostalgia del almendro.

Proyector mostrando un documental sobre los desaparecidos, imagen fija, ruido de gotera. No cae el telón.

De
Estar de vuelta
(2006)

TU PIEDRA NO ES MINERAL

Para Mara y Volga, por la idea

Tu piedra no es mineral,
tiene algo de aire y arroyo,
dos alas inconclusas donde viven caracolas rojas.
Una luz de faro muestra sus ballenas y un ojo:
jardín con sentimiento de pájaro.
Tu piedra no es mineral, lo sabes,
tanto que la escuchas cantar en una lengua de agua,
hurgas en sus hormigas posibilidades felinas,
descubres huecos del mar en la lluvia,
la lluvia vuela sin volar,
puesto que los ojos de tu piedra —¿sabes?—
no tienen arriba o abajo donde atar el nombre tecordín
del corazón insolado.

Tu piedra no es mineral,
pero es zurda y tiene un olor a libro antiguo,
rechina como una armadura al arrojarla y, sin saberlo,
regresa como un bumerán a la mano
donde un solsticio habitado por escribas muere.
Tu piedra, barco sin capitán, barco desnudo, camino para ir.

(Los barcos desnudos traen colación en sus bodegas,
tigres de bengala sumidos en su insomnio,
albatros ciegos por bandera y perfumes de Oriente.)

Tu piedra no es mineral
y eso no importa cuando palpo sus huesos de nube llena
y encuentro el ecuador de su sexo acurrucado como un cervatillo
al que la mirada del felino ha descubierto.

Descubro en tu piedra mi epitafio con letras aguamarinas.
Un xilófono horadando a barlovento el pentagrama de mi piel
con su nota de ave silvestre.

¿Un rústico cielo de papel crepé es tu piedra?

¿Una palabra que el destiempo mella con su oficio de pintor
[sepia?

¿Una pluma de ángel o gallina ordinarios?

Tu piedra: angustia de paloma herida,
llave de una puerta turbia donde el poema se acostumbra a la
[resaca,
el hombre a la sed bautismal de labios distantes.

Tu piedra se puede llevar en el bolsillo, junto a las monedas,
[como un fetiche,

colgada del brazo como una cuerda
que ha de atarse al cuello cuando se encuentre con la
[rama.

Tu piedra, hervida en agua de rocío,
se hace una estampida o un deshielo según la hora del día.
Yace la voz vegetal de las luciérnagas en tu piedra.
Tu piedra tiene la concavidad del vino,
el humor de los peces frescos, los días del calendario,
la rutina de las horas en un reloj de arena
y el cuerpo etrusco de las banalidades.

La piedra es sólida como la palabra “aire”,
por eso tu piedra no es mineral,
sino una secuencia de delfines
en la llana arborescencia de junio.

Un antifaz me retorna a la sordidez.
Un antifaz que también es una jabalina
y un cuadro gris trazado por un niño,
mientras la sonrisa que empollaba vuela.

El pájaro que habita en tus ojos
se hace llovizna en los míos —¿sabes?— y me llueve
hasta volverse un piélagos, una migraña,
este andarse de puntillas por el destiempo
donde tu piedra es el ahora en el espejo.

Pero debo confesar: en tu piedra no hay espejos,
sino animales destellantes que anuncian el destino.

Tu piedra: viva libélula de azules expresiones,
oración en ventisca,
llamarada al tocar el aire en el cabello,
ala de ángel cobarde en medio del gallinero,
escafandra para huirse del picotazo bífido
de nuestro animal adentro,
hurón y sábila para gemirse un poco,
yesca para orientarse entre la niebla hechiza
de un lunes desollado por el ojo-cuervo
de un sol agripado por turpiales mudos.
Un nido adentro tiene, una tempestad onírica,
ese balbuceo arcaico de las amatistas,
el color de loro de las noches idas;
su trampa de jaguar, el filo aullante
de los lirios en el responso del alba.
Es su olor el de las guayabas del mercado.
El hoazín de las vendedoras al bostezar la mañana.

La corola de tu piedra es gris, la habita el musgo
tibio de los muertos,
la canción olisca de la marea roja y un conejo
que sabe de la suerte una luna.

Y no es la misma luna que su cielo tiene
ni su flor marchita en sándalo,
ni el mar vespertino donde guarda el corazón de Dios
en una cueva de víboras (marinas).

Tu piedra no es mineral aunque su forma diga lo contrario
y en ella gotas de zafiro, parvadas de rubíes,
locos diamantes, vaguen.

No es mineral aunque sus fósiles tenga y su tarde
sea una piedra malva y llueva rocas de diversa esperanza.

Aquí en mi mano la contengo como a un jaguar herido.
En estos mis brazos trémulos de esfuerzo por sostener su silueta
[en el vacío.

En este mi corazón, ya una sombra, ya un arpón que me caza
[como a un suceso

mientras tu piedra se sucede arroyo por mis venas,
ceniza en mis huesos,
ave agorera —digo—, simple picaflor, adviento,
música de hojas, de ojos: el recuerdo.

Lumbre de moscas: la ciudad.

El mezcal de sus calles: su perro, su acertijo, tu piedra hablista.

Yéndose la noche, la ciudad pierde el encanto;
tu piedra se guarda de la necedad de los hombres,

se entrega a la de los faunos
y a las faunas cotidianas.
Se vuelve alimento de equilibristas ciegos,
de poetas punzantes y de derivas suicidas.
Es una marejada donde transcurren ápteras las horas,
tordas las miradas, cueva de leones el vocablo,
capibaras los ademanes.
Tu piedra, de día es solemne como el aruño del gato,
flexible e incandescente cuando desde su mirada abolarío
enseña del mar las brechas a las aves salinas.
Su desierto muestra al desahuciado,
sus alacranes y esa canción para dormir
donde las serpientes de cascabel suenan como un guitarrón
[desesperado.

De día la luz de tu piedra es un topacio cenizo,
tiene de esloro lo que una adivinanza,
la quilla hundida como los años en la frente de los abuelos,
en ella hay un laberinto de almendros
por donde andan cronopios heridos
pastando sus rebaños de letras languidecidas.
Tu piedra zurda degüella con la derecha;
asume la tristura como una noticia para pronto.
Hace dijes con la claridad almizclera y construye templos
con peces para así guardar su bestial deseo.

A la hora nona deja su disfraz faisán en la vertiente burda
de una explosión y arrea sus velas
en busca de un norte donde su árbol de cachimbo madure sus
[frutos.

Regreso a tu piedra descamada
hambriento de deidades
en un cúmulo de postergaciones,
con fechas enramadas en cuyo invierno
escarabajos verdinegros
hacen pelotas del corazón y lo encuevan
en un bustrófedon escarpado.

Regreso un poco herbívoro,
con un número cabalístico en la bolsa,
con esa mirada del metafísico diurno,
miro la propia muerte como si la de otro fuera.

Regreso en la sangre de una cebra etérea,
pintado del rostro con el humo gentil de las edades.

Regreso en los cascos de la bilis dormida,
amanezco entre lo urbano y la tierra.

Regreso a tu piedra porque en ella el agua
anquilosa la mirada y bruñe una fiebre que dura mientras miro.

Algo del trueno es la paciencia exacta.

Regreso porque me gusta cómo araña mis mejillas
y ese algo de espanto asoma por descuido unos ojos atardesados,

y el peso de una mujer es el mismo que el de la muerte:
un aroma de higos reventados.

Regreso a las entrañas de tu piedra porque sí,
porque simplemente estoy de vuelta,
porque estar de vuelta no es regresar.

Estar de vuelta es saberse un instante eterno,
feliz desde ya, desde siempre.

Esta piedra es tu piedra

Llueves y no es pretexto para escribirte.
Llueves porque así eres tú.

Caes como el agua de junio
y cortas como el agua de junio
y sabes
uno no sabe qué hacer con tanta gota
con tanta caricia húmeda y filosa
con tanto golpetear mi techo lírico.

Caes constante
a veces fuerte
otras a modo de llovizna
las más veces como te da la gana.

Llueves y es pretexto para preguntarte
qué hago con estos arroyos que me cruzan
con este cauce sin destino
con este río seco de tanta agua
con esta agua llena de junio

con este junio
yéndose
sin irse del todo.

5

En tu piedra,
donde el grillo chirría la mitad de su muerte,
guardo la mitad de la mía.

Esta piedra se sucede en el aire como pájaro abochornado,
no busca rama o espacio donde guardar su sombra,
para sí desea el sonido de una máquina, la rueda de un
[tranvía,
un recuerdo apócrifo y sin duda el aire que la sostiene.

Su vuelo matemático tiene herrado el horizonte,
en ella lo justo adolece de una mirada
y la sobriedad ínfima de lo ínfimo la habita.
Andamio y corazón, es un trazo de sol.

Esta piedra es tu piedra: nacen ríos de agreste fisonomía.
Aullidos que acercan la distancia. Nombres secretos
develan al día y el día que es una discordia
nos entrega el zumo de su consecuencia.

De
Aviso de ocasión
(2008)

A 25 60 a la derecha, mi lado femenino

No quiero recuerdos,
quiero presente
 que aloje en mi entrepierna,
mis oídos, mis labios,
la furia de la realidad,
su crueldad palpable, dura;
me mire su bestia
de la forma más desafortada;
que al sentir sus pupilas en mi piel
su escozor, abra, una y otra vez
lo más vivo de mí,
sin importar el desgarre
me vuelva, ya jirón, tira, hilacho:
alguien sabida, penetrable, divina, sustancial;
vaya, que antes de desear, me sea dentro
un cardumen, un río apretado.

Embestir como me embiste la circunstancia, quiero,
con sequedad y sin miramientos, de golpe,

como de pronto, como de ganas de noche,
de entibiar el sexo, de ser cogida por el coño,
hartarme de cama, de jadeos, de hombre.

Quiero su mano en mi cabeza prodigándome ternura,
que en un respiro el dador sepa envolver,
contenerme en un abrazo,
desarraigarme el abandono.

Bonita, puta mía, me diga,
sin adornos ni falsos retruécanos.
Que sutil astille el fondo de mi sentir,
al varar su voz de barco en el coral
de mis tetas y de mi ombligo.

Me sea lumbre, aguijón, sanguijuela el día.
Veneno, arpón, quemadura
el modo suyo de tomarme la mano.
Que a ratos me descubra continente,
península, isla, escollo, pero que habite
y ande persuasivo por la orilla,
curioso por mi centro,
vagabundo por mis recovecos.

Insisto, quiero a alguien que me dé motivos;
ganas de tomarme un café y lo disfrute,

y no esta soledad pendeja, sentimental,
que sabe a mierda y tizna con su romanticismo
y embota; desespera la quietud del pensamiento
con su goteo constante, cursi, imbécil.
Embeberme en su mirada como si la lluvia,
como si el viento —masturbarme—.
Como si el orgasmo una columna,
una sospecha colosal y bimembre me sostenga.
Sostener en su miembro la humedad de mis tardes,
la hora de la cena; madrugar inventada en su leche;
en el ardor de su embestida crecer al mundo,
desmoronarme amanecida en su respiro,
respirar en la claridad de mis vértebras,
vertebrarme en su voz el desvelo y develarme:
que soy a mi edad una hembra pronunciada,
dura de carnes, palpitante, y que en mis labios
se encuentran postergadas innumerables mamadas,
cantidad de besos y palabras obscenas.
Amanecerme en sus brazos quiero, segura,
enternecida, que su primer aliento sea para decirme
entera, sobria, punzante: de tu humedad bebo mi entero.

Un hombre que sepa contenerse en su semen, codicio.
Alguien capaz de detener un río crecido con un gesto.

Que entienda que el amor es un minusválido
al que deben acercársele las muletas,
la silla de ruedas, el cómodo para que ande y sea.

Un varón y no un macho mentiroso, apetezco.
presto para equivocarse como todo humano que se conoce;
que de vez en cuando me diga una tontería y me haga reír,
también enojar y me sorprenda con una estupidez magnífica,
una jalada excéntrica; se turbe al tomarme de la cintura,
se sonroje cuando le apriete las nalgas en público,
y me devuelva el atrevimiento con un apapacho lujurioso,
cachondo, vertical, elíptico y estrujante.

Pido a alguien dispuesto a prestarme
el falo para jugar a las muñecas.
Maduro y sobrio al dejarse hacer,
arrebatao y loco al hacerme su nido, su golpe,
su circo de tres pistas.

Soy recurrente y pareciera que sólo me importa el sexo,
y sí me interesa, pero no quiero que llenen mis hoyos
ni mi deseo nomás por aquietar mi calentura,
o porque confundan mi soledad con la falta de cariño.
No soy de esas mujeres que se abandonan
en los brazos ofrecidos y dan el culo

por unas cuantas palabras y unos mimos; me quiero,
pero no voy a negar: también llevo una puta adentro,
una gran puta que me hace una gran mujer.
(Si me captaron, qué bueno, y si no, ustedes dispensen.)

Qué importa si quien llegue a mi vida
ha leído a Kant o Corín Tellado;
lo letrado no quita lo pendejo
y la ignorancia no es requisito
para saber besar o tratarme bien.
Soy hogareña y sé cocinar algunas delicias,
sólo por decir dos cosas efectivas de mi persona.
Decir que tengo unos ojos grandes y bonitos
es irrelevante; son unos ojos instruidos,
eso sí, en las minucias de la vida y en los libros.
De mis labios puede salir una chulada
y no me refiero a la lengua, que es diestra,
o una imprecación
aderezada con lo más barroco de mi peladez.
Puedo decir “alcantarilla” y enamorar a mi interlocutor,
o sorrajarle un “qué lindo”, como si una vomitada.
Mis piernas son largas,
mi sexo profundo, lamidas de gato sabe dar.
También la virtud de la paciencia
se puede contar entre mis armas.

Las arrugas y las estrías jamás me han asustado,
sucederán algún día, inevitablemente me haré vieja,
si antes no me lleva la chingada.
¿Sedentaria? Ni lo quiera Dios, el Hijo ni el Espíritu Santo.
Como toda mujer de su tiempo, hago *spinning* y aeróbics;
hojeo *Vanidades*, ¡*Hola!* y *People* en español
para las charlas de sobremesa, fumo para estar en sintonía
con el *glamour* superfluo de mis oyentes.
Una debe de cumplir con sus roles de acuerdo al ámbito.
Evito los lugares concurridos y el campo me fascina,
el mar me mata, si fuera hombre, sería el amante perfecto;
pero como ven, debo conformarme con el hastío,
con la rutina de sentirme y verme bonita en el espejo.
¿Bagatelas del día, apóstrofes del ánimo, sensatez de la soledad?
Soy una mujer que nació póstuma (*dixit* Nietzsche),
algorítmica, con la cuerda larga para reír,
desfasada y con una vejiga diminuta e impertinente.
Bebo poco, a lo más tres copas de tequila,
¿para desinhibir?,
qué va, las taras morales me tienen sin cuidado,
aunque soy católica por heredad, sí, de dicho,
de hecho me entiendo con Dios de otras formas
menos convencionales y sectarias, lúdica, sería la palabra.
Tampoco ejerzo el feminismo ni creo en los horóscopos;
si el destino existe, me alcanzará en la hora de mi muerte.

Me encantan las zapatillas como a todas las mujeres, chic y choc,
aunque después de quitármelas la columna me la miente
y los callos me duelan hasta el alma.

Los labiales me encantan intensos, pero no escandalosos,
subjetivos —diría— para que la memoria masculina los retenga,
y escucharme intelectual, sobrada, de una pieza.

(A la señora sus chanclas, que el baile terminó.)

Si es pobre o rico el hombre que me toque en suerte,
no hay purrún, sé administrar los bienes

o parafraseo a Josefina Vicens:

las mujeres de los hombres pobres son un poco mágicas.

Poseo esa cualidad y a las pruebas me remito.

Lo que sí no prometo es comer lumbre por nadie;
que a cada quien le haiga su cruz y que con su baño
se quite el hedor de las axilas y la mugre del culo.

O como dicen en mi pueblo: a torcerle la cola
a la puerca de su madre, jodiendo a otro patio,
vaya usted a chingar a otras flores, que las mías son camelias.

¿Foránea? Sí.

Tengo una salud de madera vieja, los hábitos arraigados;
mocha, pero no espantada, sé adaptarme al entorno y a la gente;
amiguera, diría la doña —que Dios la tenga en su santa gloria—.
También sé comportarme de manera trivial;
decir cosas como: tengo unas tepalcuanas de negra enjundiosa

y una panocha que arde como una lumbrarada apenas se lame;
o: me vale pito y medio el pudor de las ñoñas cuando me escuchan
tirarme un pedo nupcial y oloroso a guajes.

Soy tan humana como el que más.

El dolor ajeno me injuria, me ultraja, me duele;
el dolor del prójimo me hace rabiar.

Si un poco de placer aliviara el hambre, segura estoy,
en mi camino el hambre sería un mito
que por las tardes contarían los hombres.

Si un beso mío aliviara a los enfermos,
mis labios ofrecería a tan noble causa.

Pero, lo repito, ni una mosca se para en la miel que soy.

Ni un zángano entra en mi cueva,
ni un mosco pica en mi piel y se chupa mis ganas,
ni siquiera un vil parásito aloja sus huevecillos en mi corazón.

En suerte sólo me toca mirar la lluvia,
buscar bajo la sábana mi clítoris,
sentir la humedad del tiempo en los huesos, en los dedos.

¡Con una chingada!

¡Malditas ganas de querer coger!

Me he deprimido nuevamente y escribo idioteces.

Todo fuera una vil verga, un pene hinchado.

—¡Niña, sosiégate!, hay más en la viña del Señor
que un cuerpo cavernoso incrustándose en tu centro.

Me hablo recio.

el crujido
el ruidal
pirómano de tu vientre.

c

Quizá la mano suponga que una caricia
 es un puente para entrar al entero.
Tal vez lo imagine —porque la mano también imagina—:
sus dedos tecódontes pueden dejar sus fósiles
 en la geología de la epidermis.
O suponga: una ternura —su geometría punzante—
se mineralice al tacto
y cunda al cuerpo de honduras
 en donde buscarse el nombre,
el remedio de una palabra,
el soplo divino o terreno que nos vuelva al respiro,
al aire del instante que desliza sus cascabeles
 en busca de un nido en donde depositarse.

d

*De su mar en agua ardiendo.
De su incendio humedecido,
que no sepa la lluvia cómo lluvia el cuerpo.*

e

Si tocaras mi sexo, sabrías por qué llueve.

De
En la cadencia de los pies
(2009)

Se comienza por una sonrisa,
luego por un gesto indefinible.
Se sigue de largo, sin pausas,
caminando en pautas por la acera.
En el recorrido se piensa en alacranes,
en posibilidades de alebrijes,
mientras el aguijón nos penetra
con su claridad hasta anocturnarnos,
hacernos crecer un bosque,
un dibujo en la ingle,
y poner el sonido de un tren en el pelo.

En el trayecto el agua nos guarece
de cualquier interruptor que pueda apagarnos
o dar una señal de oquedad,
un relincho de muerte o de vestigio.
La credulidad va con uno en línea recta;
derecha o izquierda del desengaño hay en la ruta.

El atrás cada vez que salta hacia delante
se desvanece; el brinco no le es suficiente
para convertirse en bola de nieve.
nuestra sombra se adelanta a toda ternura del paso,
a cada golpe de tacón se escucha un dobléz del pasado.
La simetría indulgente nos acosa,
traduce el miedo al signo de la mueca,
nos retrata, pues, con una indigestión de barco,
de murciélago caído sobre su barriga,
sin poder con su peso ni con la dureza del paisaje.

El rumbo nunca termina por más aprisa que se vaya,
por más cosas que saquemos de la chistera,
por más palabras que soltemos despiertas;
la dirección es seguir,
inventar nuevas maneras de caminar.
Más vale no desandar el ámbar de lo recorrido;
recoger o tirar máscaras poco importará
si la zancada deja de ser un disfraz,
nuestra indefensión mostrará su carcajada
y no habrá alteridad donde refugiarse,
goznes donde encapsular la ira o el odio,
protuberancias de consuelo para recostar la cabeza.

El itinerario puede cubrirse con un solo tranco,
con un movimiento supino de la mano,
pero es mejor un parpadeo —más bien el instante—
en que los párpados cubren al ojo
el destino se resguarda de la mojigatería,
del rebuzno lúdico del atrás cuando salta
con el diente dispuesto.

Ir en el ritmo, en la cadencia de los pies
por la planicie del asfalto pensando en el adonde,
en el lugar, es comenzar la marcha.
La capicúa para enmendarse jamás se rumiará,
lo cerca revelará su horizonte.
Lo lejos dará diez vueltas sobre sí
y encontrará el lugar perfecto para echarse.
No podremos negar que en todo esto hay un deleite,
un pez de agua dulce en celo,
un poco de sudor y de prestancia,
tal vez una forma de disimulo y un mulo
cuesta arriba con la carga de nuestros daños,
y años en minúsculos trajes de chaquira.

Me detengo para proponer un ademán
como quien se plantea encontrar al futuro;

aunque muchos digan que ese animal no existe,
buscaré el consuelo de su invento.

Qué más puede uno ofrecer sino la oreada vida,
el pulso y el latido no alcanzan la condición de cebo,
arrojaré (pues) de carnada cada una de las partes de mi cuerpo.

Si el párkinson de mis pasos me lleva al extravío
el intento de llegar no habrá sido en vano.

Las ganas de ir redoblaré,
aunque la sonrisa del primer verso se esté pudriendo
y la distancia del punto móvil que soy, que eres, que *semos*,
al sitio que podemos ser, llegaré.

Vengo de venir viniendo y acaso el polvo no se note en mis
[zapatos.

Y nadie advierta en mis ojos la úlcera del cansancio.

Tal vez alguien perciba que respiro como una locomotora
cargada de esputos de mi presencia.

Tal vez sólo pase desapercibido porque la fluidez de la memoria
ha desplegado sus velas y los demás sólo se preocupan
por andar el camino en la búsqueda de sus pasos.

Los kilómetros que faltan, los días por llegar,
ocuparán mi afán sólo en la medida en que avance.

Metro a metro pisaré la distancia y me contaré una fábula
aunque no me sepa ninguna.

Centímetro a centímetro, micra a micra,
mi pie palpará el suelo y mi rictus comenzará a definirse.
Mi sonrisa emprenderá una carcajada
hasta encontrar su geometría y en cada uno de sus lados,
por azar o destino, las vísceras de la alegría.

Cada paso que dé, aun sin ser necesario andar,
lo daré sin remordimiento, acaso con un poco de miedo,
pero sin rutina o complejidad premeditada;
mi tranco en su evolución será simple,
su abertura imparcial, flexible en el cambio de dirección.
Habrá quien diga: “¡Qué bonito paso!”;
en su mecánica: premonición y sorpresa se observan.

Lo atrás en mi zancada
sólo será un canturreo lejano,
sin peso para mostrarme hacia dónde voy.
Un fósil que me dice de dónde vengo.
Sostendré la marcha para ir en la misma cadencia
del instante, del aquí y ahora.

Nada de ortopedias si el corazón se lesiona;
si pierdo un pie, la vida puede resolverse a saltos,
puede también seguirse a ciegas;
tunco o enamorado da lo mismo,
caminar para hacer rumbo es lo que importa.

Sencillamente caminar sin ocuparse de la huella,
del rastro donde alguien más beba sangre y tiempo,
de epígonos que busquen alteridad en el vestigio.
Ir sin afán de perdurar,
llevar en el paso júbilo,
destreza, chiquilleces que permitan el gozo,
el alumbramiento, un seguir asalmonado,
ruta arriba, siempre, al encuentro de Ítaca.

Ser el trayecto, lo pluvial del mismo.
Llover a cada pisada,
andarse monzón tramo a tramo,
trecho a trecho llovizna,
gota a gota distancia.

Anfibio, terrestre o alluviado transitar.
Carcomerse de agua, encharcarse de vez en cuando.
Adelgazar como chorrito y filtrarse en lo más mineral de uno.
Descubrir que por dentro somos lagunas, esteros,
deltas, ojos de agua, pantanos.

Dando el primer paso lo demás es seguir.
En la flexión de la rodilla está el impulso,
el pulso acelerado, todo el cuerpo dispuesto
a partir, alma en ristre, presente a mano,

sin cartas bajo la manga, sólo el peón
dos escaques más adelante, en la torrencialidad
De sus branquias, de su *aguacero*.

Nada de prótesis si de pronto el camino fue todo,
si el almaje se cimbra ante la tormenta,
hay que dar el salto, el vacío es otra vía,
y el caer una calle larga y lluviosa.

Nada de aparatos que remplacen el golpe de la gota.

La sonoridad del latido, la armonía del dolor.

Ninguna excusa que nos picoteé

para aplazar el brinco, sólo hay que lanzarse.

De
Diente de león
(2009)

Cada paso de diente de león es un vuelo
una maraña de polen entretejido.
La circunstancia clona en deriva
el derivado segmento que enraíza en peregrina sustancia;
adivina ventrílocuo dónde caerá esta mirada
si el paracaídas mentido soterró su gracia,
adivina saltimbanqui la brújula del viento
antes de caer en la terlenca que se empuña en tierra,
adivina bustrófedon el sílice en media luna,
el agua que se argenta y nutre esta parodia,
malabarea bitácora la peregrina suma
el asterisco ciliar y laberíntico del diente de león en su gen.

Lúdico el adivinador morfea
acitrona malvas a contracara del sol,
agusana cortés el labio inferior de los garambullos
que se acertijan doblemente al vuelo insecto
al golpe en pausa y en trasiego del adivino;
por un momento la coma: cariátide indecisa, rupestrea.
El salto del diente del león que procura memoria
silba su desconfianza en ese aire alfil que le viene a cuento.

Trae una cola, así, a secas, de aire;
un ovillo sextante y visco que le lleva a todas y a ninguna parte.
El diente de león se eleva con uno de mis soplidos de antaño
como un infante en su trazadura alba que ratonea.
El diente de león es lo conducente
la cifra errada y malabárica que instiga las estaciones,
lo uno mismo siempre en su raíz epíloga
los dardos ancestrales y las palomas lejos.

En ese salto de pez que fue la infancia, el aire ligero de la *chicoria*
[amarga
trepaba índigo el silencio la última campanada como perro que
[baja por la calle
y se echa allá en lo último.
Tras el polvo no hay otra huida más que ésta alzándose en
[ciempiés.
Las espirales del diente de león eran exactas, una sonrisa lo
[perseguía.
—*Mi sonrisa gruesa y atrapada y peregrina, desde entonces vaga.*

—Cura esta herida con *nocuana-gueeta* en viernes
úntalo mirando hacia el mar, forma una cruz
ahí, en el ombligo del día, hasta que el sol te entregue sus
[liebres
—dijo la buscahierbas y atrapó una décima del viento—:
hecho esto, sopló a la florecilla en su mano de adivina.
*La mirada cayó en el empacho que el ventrílocuo para sí decía
pues la deriva en sierpe se dejó ir en dócil venado.*
Curó la brújula del viento como se cura esta herida de adivino,
curó la sombra ovillada en el tapanco de los ojos
más el recuerdo que tras un diente de león le sumaba a la infancia.

Suma, adivino, el morado corazón de las malvas
y sabrás cuántos dientes de león serán soplados;
qué importa aquello, qué viene o qué va o qué se encuentra,
niegue su bustrófedon.

La buscahierbas te arreglará el alma con un soplido;
soplo aquel pegado que te espantó el mal aire y te enramó en pirul,
soplo en el mal de ojo y en el empacho que a untadas de huevo
[te alivió.

Soplo que al mediodía conjuró el espanto
mientras mirabas pasar una semilla en el viento.

Cacarea el tiempo debajo de ese pirul
por donde ha pasado la semilla *taraxacum officinale* luciendo
[sus vilanos.

En aquel sauce está amaneciendo con la prisa de un vuelo.
Átese al garambullo la feracidad pendiente más la cartomancia
[malva
que dicta el adivino al reventarle la yugular a una posdata del
[viento.

La buscahierbas escucha el caer de ese animal concubino,
y sabe, hoy no es día para curar los males a pesar de ser martes.
El diente de león inserta su cabeza al duendeceo menstrual de la
[tierra

y consterna su habilidad para memorizarse.

Hoy no es día para curar los males
en las líneas del cielo está escrito con germinativos dientes.

A Jeremías Marquines

Mas estos grises zumban en el cielo abasteciendo la herida.

Quiera el ojo abatir la reciedumbre,

una bocacalle donde lo cercano construye su horizontal.

Buscahierbas,

¿quién romperá el garrotillo en este trueque

y estibará el sonido airoso en la señal del adivino?

Dilo, adivino, mejor será encontrar en este martes,

mejor será que el cielo descalcifique su rutina en los pedazos

[de infancia

que sostienen la noche mientras la memoria suena *como una*

[alcándara de luz en los espejos.

A lomo de aire —viejo— el *dens leonis* luce su culebreo,
asterisca el no volver y voltea la suerte,
la amarillea con un verano medio sordo;
vuela a traspiés mientras que del cielo
dromedeas diente de león entre el silbo angustioso de la caída,
mas caerás por vida y tal vez por suerte en el traspatio donde
[un día
tomaré la tarde en la que caes y la guardaré en el bolsillo
[izquierdo de mi rompedero.

Cada herida abierta por el diente de león al viento sea dicha,
nombrada por la buscahierbas cuando conjure alivio.

Escucha, adivino, cómo sangra en su perpendicular el latido.

Cae la manija testaruda de la semilla donde el viento se levanta
[de la herida.

“También el corazón es un descuido”, se escuchará entonces,
la sonrisa del niño tendrá la certeza de los papalotes;
toda herida habrá sanado su intención.

Juntas, albahaca, los residuos de la infancia para florecerlos.
Endientas lo que nace con un gen de peregrino:
le imitas pájaros y zumbidos como de alas,
le enseñas a tramar con hilos de aire ratoneras colas,
a leer mapas que se queman,
a nombrar las manos de los niños, santificar el soplido,
a hablarle a los céfiros y a domar vendavales.

Mejor así decirlo:

¡Mamá, mamá! Un diente de león, vamos a soplarlo.

Todo viento herido acontece en el vuelo —lo sabe la buscahierbas
[al cortar la malva—,
las formas del latido son incólumes, cree el adivino así haberlas
[escuchado.

Todo puño de tierra sea puño de aire y asimismo la herida.
Sopla el niño sin pensar que su alegría de alguna manera hiera.
—Herir no es asunto de santos o malditos —dijo la buscahierbas.

Suelta, adivino, el ancla del *amargós*
ahí donde los ojos de la buscahierbas hiere,
ora señala, ora simula *una maraña de polen entretejido*;
suelta los goznes orográficos de ese recuerdo bocajarado,
ése, el mismo que viste de polvo y cura los duraznos.

La cinta roja con ojo de venado le cuidará del acertijo,
el olor de la retama alejará los “malos espíritus”
y las tijeras bajo el sombrero darán cuenta de los chaneques.

Suelta, adivino, este diente de león y sonreirá un niño.

A Jesús Antonio

Entabácalo, mujer, ponlo en la camisa sudada de su padre, serénalo

[un poco

y nada de este olvido le tomará la mano.

*Siémbrale en los ojos rezos como arrullos, dale manzanilla
para que los cólicos del alma se duerman.*

—Ma, el diente de león no duerme:

persigue su liebre en el desencajo de cada hora,
empuña su aire y sigue el ciliar sueño de una playa,
asesina su ábside y genésico,

abre en tierra su laberíntica bitácora

para volver a elevarse onomatopéyicamente.

Ma, esto es el diente de león, un bufón curando la tarde,
un caballo de mar que monta el aire.

Más pesadas que el agua de pozo, las oraciones de la buscahierbas
fueron cayendo al flujo de los pájaros
que extendían la tarde con los metales de su albedrío.

El sol secaba sus cabellos con instinto de cazador.
Los niños apiñonaban la calle, jalaban el otro lado del blusón,
arrojaban sus dibujos al útero fingido de los árboles.
El olor a canela de los dibujos persiguió su anchura
y el estómago del mundo encontró su latencia.

Tiene calor en la panza, simuló el adivino;
tiene calor en la panza, aseguró la buscahierbas.

*La hoja de almendro con un poco de manteca en la barriga
le bajará el calor y —dicen— un poco el coraje.*

*Ensalívalo, mujer, y el mal agüero buscará camino,
truénale el garrotillo y su sangre se volverá ligera,
ligera como vilano veredeando.*

—Ma, ignora al adivino.

Ma, escucha a la buscahierbas.

Diente de león, adivina al adivino.

Diente de león, ¿te encontró la buscahierbas?

Los asientos de agua con manzanilla —explica la
[buscahierbas—
tornarán al niño a su principio.

Entonces volverá a jugar con una pierna del aire a eso de la pelota.

El otilar cae por noche.
Siente la vigilia como un seco saltamontes:
arrastrar impaciencia y todo.
El ojo sotavento mineraliza las estrellas;
muere el quejido de la no más flor;
acucurucha en la piel tu fe de hembra:
aúlla, diente de león.

El sebo picante y tibio secará el mal del vientre;

es la experiencia, asegura la buscahierbas.

—¿Este influjo de retama le fortalecerá los pulmones?,
intenta adivinar el adivino.

Nada que en su mano vea será mentira,

nada que los ojos palpen esconderá malicia.

Duermelo con la cabeza hacia el norte

y el signo de la suerte le atravesará el alma.

Báñalo en agua de lechugas y sus pesadillas se cebarán.

Nada que una oración no alivie pasará por alto;

nada, adivino, que adivines es verdad.

Para Oscar Basave

Rupestreas y confundes al pájaro
con el zigzaguo aurífico intencionando un insecto.
Descabella tu ábside y de seguro muere el genésico álbum malva.
¿Quién soplará el desconcierto del pájaro si no hay un niño para
[mirarle a los ojos?
¿Quién en esta parodia se cura con albahaca
y tuesta lo que le queda de suerte a su propia errancia?
La sinapsis entre la infancia y el diente de león es un soplo:
un solo soplo y lo uno fue hecho,
un solo soplo y lo que *se empuña en tierra* revienta a pájaro.

La buscahierbas recoge los dibujos rotos del ansia de los árboles;
que estén rotos no es culpa del rocío.

Los instrumentos que dejaron caer los pájaros continúan con

[su silbo —sábelo—:

semilla es la herida que cura esta herida.

Alguien va herido.

—¿Es por eso que esta tarde hiere con su perfume de limonero?

El aire trae el miedo como un zapato que no es de su número,
deja esquivarlas a cada tropiezo.

Los que escuchan el silvestre aullido que entre las soleras

[amamanta su mito

saben: la buscahierbas encontró su dibujo esta mañana.

Incluso contra su propia creencia, antes de carecer de qué cosa en que ocuparse la buscahierbas morirá.

El luto se encerrará en su vena,
tronarán las membranas terrestres los címbalos en la herida
hasta que nazca la malva y, una vez más, al aire en semilla le
[devuelva.

Ábranse las bocas de la tierra en la caída,
con suerte la buscahierbas renazca de su herida
y camine en trazos de nueve días como sustancia de grito,
toda vez que el niño sople en alegría esta suerte.

*Ma, esta suerte de encontrarse con los buenos espíritus
para curarnos del vértigo adivino con un latido de ruda
es mejor que postergarnos.*

*Ma, si la buscahierbas ya no se levanta de esta infusión,
¿qué haremos con sus huesos
que no soportan este olor de flores pudriéndose al mismo tiempo*

[que la carne?

*Ma, si el adivino descubre que vuelta sustancia la buscahierbas nace
y enciende todo ojo de luz en vuelo.*

Ábranse las bocas de la tierra

y reciban esta bitácora de marinos que empiezan a naufragar

[en tierra,

sea éste el motivo de errar siempre persiguiendo la misma estrella.

Ábranse las bocas de la tierra y desaparezca esta latencia.

Cada vuelo fue el anverso,
el puño de vida asumido,
una lámpara de tres palabras encendidas,
lo largo del pueblo musitado en el polvo,
el polvo vertido en cada oración de la buscahierbas,
la cura vertebrada y repetida por generaciones,
la deriva en genésicas saetas buscando la mano.
Cada paso fue más que un soplido,
un acumulamiento de campanadas donde las calles se perdían,
una manada aullante de niños tras su risa.

Llamea en el bizco del cielo la pelambre de su vilano.

*Que los árboles graznen a pájaro no es una ocurrencia de Dios,
pensó la buscahierbas —creo— y bostezó el adivino.*

En su nadir el diente de león cabecea como un becerro.

*Babea el ombligo que se hincha en tierra,
trae en el bolsillo el níspero con los frutos aquellos.*

Aquellos frutos supersticiosos caídos en la creencia.

*Esa vital marrullería de la semilla da coces,
metatea la tierra con sólo pensar en un niño.*
El polvo hurtará la oración de la buscahierbas,
multiplicadamente la verterá en el ojo bizco de las piedras,
exhumará las palabras como si fuera un grillo el que profesa
el opúsculo anagra que revienta.

*Menester es que la noche enturbie su calzado
mientras este olor a tomillo desfallece en el viento ligero de su cola.
La fijeza de los astros es sólo una adivinanza.
No hay oportunidad para el rezo que de improviso viene a la boca.
Advertir este presagio en la mudez que va creciendo confirma que
 en las horas algo retoña,
y no son las armonías atristuradas que del centro a sus orillas
 envuelven al pueblo
y no es la mano de la buscahierbas que persigna su alejamiento.
No, no es ni siquiera el resuello fuerte de los muertos
esto que le cuelga a la noche al lustrar su calzado.*

A Jorge Herrera

*Los ruidos de la noche lluviosa crepitan en pequeñas heridas,
exhalan nacientes genes en busca del aire.
Es el único respiro fuerte —créelo—, después (sé) empezará a morirse.
Sobre sí misma la herida se abrirá en herida,
entonará este cuento de malvas abiertas en su mismo filo.
Los niños buscan en aire la muerte que los arroja a la vida:
la vertebral ecuación de la albahaca
donde es preciso que caiga la mirada deshilvanándose en marioneta.*

En el mutis claridoso del diente de león cuelga la noche.
¿Cayó la claridad? Caía como sombra en el espejo ojeroso del día.
Toda luz condensa en su enanez un rezo que salta a todos lados.
Los niños juegan a soplarle a la vida;
no advierten que el sol intenta vomitar
y sin decir más encienden sus sonrisas.
Y sin decir más incendiaron con sus sonrisas.

*Ahí mismo, en la rendija del basalto,
el histrión león asoma el diente,
amolda a la mañana el verde que amanece
volcado en la cardinal imagería.*

¿Enarca el grito de un niño esta evocación?

*Tenso el arco al disparo de la sonrisa
bulle en el aire el tritón semejando
su migración sextante y en cábala.
¿Fue la rendija y el asomo en el basalto?*

Grita.

Dale en ayunas este coco asado y la barriga empezará a
[descansarle, lo mismo haz con el agua
y el mal de orín le curará las ojeras y las visiones nocturnas con
[las que juega el aire.

*Ensómalo, mujer, riégale agua bendita en las cuatro esquinas de
[la cama
y ese habladero con los muertos cesará de llevárselo.
No hay más que este torcido curar de la buscahierbas, dijo el adivino.*

Adivino la trazadura olivo que tras el bajar se trama,
el lento paradigma del sol y la vagancia,
la alteridad confirmando su hado;
al escarabajo que la buscahierbas sumerge en el litio de sus
[pases mágicos.

*Hazlo sudar la calentura con franela roja,
envuélvelo en este acertijo y sollamarás el olvido que le marcó su padre.*

La *alteridad* pendiente crecerá con el diente de león
como el soplido al medio de un avispero.

Se cae el viento como se cae la mirada una vez puesta en su destino.

Cae con el filo intacto.

Bocajarado, el animal que te empujó mientras te empuñas en

[tierra muere.

El viento muere de viento,

su geografía secándose es el brillo de los que nunca soplaron

[un diente de león.

Este breve vuelo que prolonga tu andanza caerá del aire, en la
[herida del aire
donde el escribiente, un faro ágrafo y melancólico,
no sabe que en esta abreviatura cabe tu nombre en seguido ascenso:
¡Mamá, mamá, un diente de león, vamos a soplarlo!

*Donde acaba el principio las líneas comienzan.
La herida supura hacia dentro del conjuro.
El soplo del niño tiene la dirección musical
de las aves esdrújulas que graznan por olvidar.
Y olvido es éste: vuelo hecho para caer heridos de Aire.
Y este aire es sólo la errancia gramatical del humor del ajo que se
[esparce.*

La paridora, malvácea turgente de hélices harinadas,
la ventrílocua en el vientre, casi parda,
cose su festón al pliego fémico;
original en el tumbo-soplo, sopla sus ansias al dentarle nombres
a la oscura salvia que amanece
embebida y salinera en el airón pedrusco que se dilata —y dáctila—
en diente de león.

Si esto de arrojar el ancla sepulta las estrellas,
adivina en la mirada el correr del río en la herida,
adivina los cortes en las piedras que de igual forma.
Adivina si la infancia sigue abierta en el curso de los días,
adivina, cantárida, por qué todo es un abierto corazón a la deriva,
adivínalo o el bufón seguirá abriéndole una sonrisa a la tarde.

¿La tarde ríe hasta enfermarse de cigarras porque de niños siempre?

Por oficio cuida este simulacro entendido en hierba y florilegio
sopesado a mano tanto el cuento del adivinador mesura
la fatuidad herbívora hirviente que amariza en fiestero garambullo
atrevido y ataviado por merolico viento
y por lo que hiere y zanatea con hábil veneno
a la durazna cosida a cielo que al avisparse parpadea
con único y succulento párpado que a la mar marea
casi por oficio, como una buscahierbas.

Quien esto adivina descorcha miel por saberse en abundancia,
sólo mira hacia este lado con híbrido sonsonete de equilibrista,
descree a la mano que lo apuña,
que lo envuelve y le apunta la suerte con anáforas.

Al escribirle gen conocerá su errancia:

en cada vuelta de niño o viento le encordarán un arpa;

azar y sonrisa, en sístole lo dejarán perderse con su nombre

[pródigo de felino.

En esta mano se lee tu horóscopo quejado.

Los ojos que alquilas para confesar toman la rutina,
la fe de las marionetas;
cinchas, encabritado, niños al propósito de levantarte en aire;
quizá el adivino esta vez acierte.
Adivinar es su manera infalible de dormirse,
no sé si del diente del león o del adivino;
suspenso este que sube al mezquite para escuchar hablar a las
[estrellas
de los ojos que las miran con la usura puesta.

Aquí hay un lucero para el dolor de tu cabeza,
un nombre amarillo y rompiente parecido a la menguante.
Qué del adivino que oculta una grulla en su té de malva,
qué, si la Osa Mayor es una lágrima.

Esa caída ignora las intenciones de nauta
del niño que sopla.

—Son del aire las arideces de las estaciones.

La mirada, en su posible parodia de paloma, cae lejos,
alarga la mano y encuentra el infarto de su escasa vida.

Lagrima porque ha perdido la suerte,
se le mira en la coyuntura de los huesos el abecedario de los idos.
Amárrale este escapulario de los siete santos
y sus junturas escaparán a paso del epitafio.
Amárrale a los pies jitomate asado con granos de sal
y la muerte le soltará la garganta y de su sábana caerá el resfriado.

Amárrale incienso, rezos de mirto,
escapados sonidos de campana que persiguen como sombras
que ladran como perros a cada vuelta de esquina en ese lagrimeo.

Por ahí lo más que se puede escapar es un recuerdo,
un barco con erratas en el mástil
y quizá la retráctil sonrisa del adivino.
Dijo la buscachierbas, mientras ponía una cataplasma de palo
[del golpe
en el pecho del niño para que le sanara el alma.

Desovilla en vorágine su deforestada claridad,
engatusa al puño de tierra con el cuento de que las piedras
[abrirán los ojos
y descifrarán las miradas del cielo.
Éste es su hábito beligerante y tierno:
la pirotecnia enternecida de mulo que respira grueso
es el asomo del picotazo que desfibra al aire,
para dejar caer la semilla con el deseo y el retorno.

*El diente de león es un soplo de júbilo en la circunstancia,
un vuelo tejido en las moronas que se niegan al tenue gorjeo de la*
[metáfora.

Buscahierbas, adivino:

qué decir, si el diente de león es un Morfeo hundiéndose en la
[trazadura del vuelo.

Toritos de fuego hay en la voz,
relinchos en la sonrisa asombrada,
trazadura de palomas entre el diente de león que se sopló y el
[que se sopla.

Resbala el vacío que se antoja quebradizo,
demerita sus alas,
desenvaina la venganza amotinada en flor,
hace las veces de taza y puente y su albatros
es un lagrimeo.

Asciende mitificado con el nombre verdadero;
no es que esta hernia lo detenga ante el júbilo:
Adivino, Buscahierbas, Niño,
diente de león: errante y peregrino.

¿Crees, buscahierbas, en las nubes, en el hilo que desovan
cada vez que tus rezos pegan en el pecho de un rayo?
El niño extravió una sonrisa en los quijotes del viento.
Llámesese diente de león a lo antes dicho:
salto de pez, flamígero vuelo, milagro.
Arrullo de malva en cada gota.
Adivino colgado del cogote de una estrella.
Buscahierbas: un grito de niño salta la cerca.

*Otra vez será el quedarse al mediodía tendido sobre los huesos de
[este viernes
donde la buscahierbas conjura el espanto con ramas de pirul y de
[retama
y la carne de los rezos alimenta al desposeído con el aullante
[nombre de Dios.*

Ágrafo desciende al minuto el diente de león.
¿Esto es lo que dura la perpetuidad en escamar su paralelo?
¿Un vuelco al cubilete y los dados en tierra?
Duda, adivino: ¿el minuto que aún le sostiene acusa a su relojero?
¿Jalona lo aún vuelo, el recuerdo del soplido?
¿Recuperó su bustrófedon al endilgarle su nervio infante
a ese grito que le ascendió una y otra vez al paso de lo latente?
¿La sustancia bajará de la deriva y la circunstancia será la señal
donde la mirada al fin depositará su brújula de titiritero?

Qué de aquellas palomas entretejiendo el tiempo con las llaves
[de Dios.
Qué de la raíz abierta en abanico atalayándose en lo uno
[mismo.
Qué de la deriva incendiando su gen con las alas simétricas
[de la parodia.
Qué de la buscahierbas buscando hojas de madrugada en ojo
[de piedras.
Qué del adivino capaestrellas castradas por su nombre.
Qué del niño envuelto en la camisa sudada de su padre sabe
[del diente de león.
Qué del martes y del viernes sacudiendo su mediodía en
[el conjuro.
Qué de la piel del vuelo tirando su alfil a mate, qué.

De
Iconografía de un duelo
(2011)

En un latido largo y tumoroso

En un latido largo y tumoroso
El corazón le parpadea como una bombilla que va a fundirse

Párpado caído su ánimo	ojo muerto su palabra
poleas de agua su horizonte	callada distancia
caída matutina	hiriente humedad, serena:

Se sabe desposeído porque el dolor es mucho
para lo ancho de su pecho

Para aceptar la muerte	cavidad, superficie:
—se dice—:	profunda e inasible
cabalga esta metáfora	perpetua tierra florida
de aire que oxida	los geranios marchitan

Escapó de sus manos la porcelana de su vida

El vértigo de la impotencia	en el abandono
lo condujo al salto	en el gemir sin soslayo
a la ebriedad sin luz	en las juntas del corazón
de sus ojos cárdenos	la profecía, avesangre en la jornada

En un latido largo y tumoroso

Fue consumiéndose	el graznido, opaco,
el color de sus mejillas	abandonó el lienzo
la ruda caricia de sus manos	dejó también los pinceles
el salitre de su vagina	la rúbrica de su nombre

Para Laura Zúñiga Orta

*Busco en mi corazón
respuestas que sólo hay en el tuyo*

La poesía, como el amor, no
sirve para expresarme.
Contemplo el gesto con más
posibilidades de decirte algo,
pero tan luego encuentro
otro, el anterior contrae la
enfermedad del mudo.

**Las citas de los libros y
los ademanes sufren una
anemia terrible.
La hemorragia de mi
silencio no augura nada
bueno, por ahí puede írseme
la vida o desaparecer la
cordura, o suceder, a la vez,
la misma cosa.**

*Las mismas que te preguntas
cuando el mío guarda silencio para hablar*

Indago en mis pasos alguna cotidianidad que asimile este lenguaje óseo y pulcro de crujidos en donde colgarme para decirte algo con mi muerte.

Pero qué sucede si nada pasa, si nada dice cómo cruzar este lago sin señales y sin habla. El nado no será suficiente y al ahogo le faltará agua para ser cierto.

¿En un corazón necrosado hay respuestas?
¿Un bulbo que retoñe?
¿Una gota aún caliente de sangre?

*Hozar en el par-
padeo del corazón
antes de fundir-
se el centeno de
la luz.
Buscar en los sar-
mientos del to-
rrante los cantos
domésticos del
pájaro, porque la
sequía será ex-
tensa y el silencio
medirá lo doble
que la aridez de la
palabra.*

En el corazón muerto está el silencio: tragal y río de toda pregunta.

¿Cuál eternidad?
¿Qué flujo del tiempo?
Si aquí sólo hay agonista

En este sustrato de presente escrito en pasado, respiro en la humedad el nervio de la gota y el moho que el viento ha colado por debajo de la puerta con toda la intención de protagonizar la tarde.

Una profundidad envejeciéndome los ojos, rodeando con su *ahora*, con la plusvalía de su *aquí*; afuera llueve y para precisar la tarde debo mojarme el rostro en este desfase.

¿A cuál instante concurrir?
¿Qué rezo esbozar
si es nulo el antagonismo?

Para Oliverio Arreola

Cómo diablos detengo la lluvia si soy antagónico.

Cómo me bajo de la tarde si discurre.

Cómo, si abreva en mi nostalgia sus nubes grises.

No poseo una ciencia para atajar lo que debe ocurrir,

así que debo transcurrir sin pensar en que afuera llueve,

que los relámpagos y truenos en mí alimentan la lluvia.

Estaré, pues, en carácter de estar, sin salir de aquí,

escribiendo que no puedo ser un protagonista en la calle,

más húmeda y ambigua que este poema.

Para José Agustín Solórzano y Darío Zalapa

¿Músculo tonto el corazón?

Tengo dos versiones para esta pregunta:

La primera

y

la segunda

Que hacen una tercera

pero no definitiva:

El corazón tiene una lógica estúpida y una forma ovoide en donde el amor se aprieta al ritmo y su condición de órgano.

Discernir qué sujeta la mecánica de su latido es perder el tiempo. La fisiología del corazón carece de una respuesta objetiva a esta melancolía por la lluvia.

Un centro que irriga el cuerpo con la afectiva y efectiva sensibilidad, tapona las venas cuando de sacar el dolor se trata y de olvidar sin rumores y preámbulos.

A Citlali Guerrero

Abrogado el corazón, las
horas son una disentería
del tiempo, viejas lobas
agonizando ante la luna
matrona, ciega y antigua
posesa acuática de las
mareas del latido binario de
aquel que llora

El pálpito mundano del
amor musita coplas que
traspasan la pleura y los
órganos muerden hasta
que sus clientes astillan el
alma el cuerpo convulsiona
se pone a la deriva hasta
encontrar una playa y el
solaz abierto en testimonio
cierto del naufragio

Cuando mira caer la lluvia.

Para Juan Luis Nutte

La bronca es ser un *animal de hábitos*,
un peliagudo que amanece y va al trabajo,
que se rasca los güevos y se enamora;
coge, bebe, olvida, llora y se enamora.

Se muere porque se está
y es hábito del tiempo
posesionarse y transcurrir,
marcar con su metrónomo
el límite del corazón.

El corazón conoce las claves
de la muerte. Los grados de
humedad de su pisada.
Lo mismo que un perro la
huele.
Sabe hacerse el muertito
cuando la escucha.

Escuchar el corazón es costumbre de viejos
y de aquellos enculados
que sienten en el latido
la zozobra y el encanto.

A Eduardo Añorve

Apolítico y ateo me declaro.
En el corazón no cabe tanta mierda,
apenas si la fetidez del deseo,
porque aquello que llaman amor
es algo deshierbado.

Tengo suerte y algunas cábalas me funcionan,
como ponerme los zapatos antes de levantarme
y de esa manera evitar el resfriado.

*Boto como los demás mis días en lo cotidiano,
abogo por que así sea la circulación de mi sangre.*

Creo en lo que sacia mi apetito, carnal o de hambre;
en la muerte, por supuesto y de contado, que vendrá
cuando su rechingada gana se le hinche.

*No me arrepiento de ser consuetudinario
ni hombre de pocas palabras y afectos.*

*Hablo de la forma de cómo transcurro y no del hubiera
y así lo escribo sin artificios de academia
y sin apegos ni afectos de ninguna índole,
como es costumbre en este animal de hábitos
vomitar a diestra y siniestra su estarse.*

Se es perfecto cuando guardas silencio y asientes,
cuando callas y dices todo y esa ausencia de palabras abre
y crece como mala hierba e inunda y alza las vísceras y las aprieta.

Aclaro: callar no es guardar silencio
porque los ojos son más que ruido.
La sombra, un grito de sol.
El respiro, una rabia de pájaro contra el viento.
El movimiento, otra forma de sonido:
saber el lado de la repetición,
la sinalefa de su aire,
la lenta agonía de lo que se apaga.

Para Renato Rueda

El corazón pare un silencio ortóptero.
Los letreros cesan de anunciar.
El borracho pronuncia su modorra.
De pronto mundo y medio se bajó de mi mundo.
Estoy afuera —¡Afuera!—.
Donde puedo ser ese animal añoso y vivo.

Porque adentro la periferia
mata afuera —lo confieso—
de todo centro de todo olor
imaginado por el lenguaje y
el sexo, por el reino unitivo
de mis ojos; porque cuando
salí ya estaba afuera.

Porque afuera es mi lugar,
afuera —lo repito— donde el
frescor hace que giman los
pulmones, que la memoria se
advente. Afuera, donde otra
lengua es mi lengua:
Mi diario hablar: mi silencio.

Apéndices

Tanto me han dicho:

*Debes escribir en tercera persona,
tocar temas más trascendentales.*

*Escarbar en la urbanidad,
en la metafísica cuántica.*

*Tienes que hacer hablar al personaje,
conocer su perfil psicológico,*

los traumas sexuales que le aquejan.

Moverlo de la cotidianidad.

Pero a mí, sólo me gusta que-
jarme, sentirme inútil. Versátil
en perder el tiempo. Variar del
silencio putrefacto al callado
silencio.

Pero a este corazón anticua-
do y necio, lo que digan los
demás le entra por la oreja y
le sale en un pedo, así se sien-
te cómodo, la trascendencia
ni le cala, ni le mella.

Ella dijo: *Que el tiempo, la vida,
las circunstancias.
Que era obsceno.*

Argüí: *Las emociones,
la experiencia.
Que era excitante, novedoso.*

—Me avergüenzas, pero no sé cómo explicar este sentimiento.

—¿Te come el dedo gordo del pie? ¿Se te retorcieron las tripas? ¿Sentiste un váguido en el vientre? ¿Ganas de hacerlo?

—Eres un bárbaro y un cochino, se te ocurre cada cosa...

Sólo pregunté:

—¿Nunca te han mamado el dedo gordo del pie y te has venido?

Caminar fuera del trazo del tiempo,
de esa línea imbécil y absurda
paralela al destino.
No ir a contracorriente de los demás,
andar con ellos pero lejos
de su mansedumbre.
Apartado de sus posturas
cíclicas y onomatopéyicas.
Reconocerme humano y tonto,
eyaculador precoz,
disidente pero apolítico,
sexualmente urbano y oculto necrófilo.
Quiero decir: no quiero embarrarme
con la mierda de los demás,
sino con mi propia mierda: escribir.

A Oldair y Luciano Felipe

Soy un hombre absurdo muy dado a las corazonadas.
Elemental y cursi, por decir algo más de mí.
Las ventajas que tengo son las mismas que tienen los demás.
Mi promedio de vida es absolutamente proporcional a mi
[alcoholismo.
Me divierten, de acuerdo a las estadísticas, el sexo y la televisión.
Contar los días de mi cumpleaños a mi cumpleaños.
Como ven, el sedentarismo de mi vida
no alcanza para llenar una cuartilla
ni sirve para escribir un buen verso,
mucho menos para exponer una idea
de lo convencional y materialista que soy,
como ven —me repito—, intuyo: ya la cagué.

La frontera de esta línea
no comienza en el siguiente verso,
porque si el verso se revelara,
el Poema existiría y yo
no quiero escribir un poema.

De
Una vaca tengo
(2013)

Es la misma hora en que se abren los hornos y huele a pan recién horneado. Y de pronto puede tronar el cielo. Caer la lluvia.

JUAN RULFO

Nunca fue la memoria mi punto fuerte, y sé que es muy probable que me haya olvidado de muchas cosas incluso interesantes, pero a pesar de ello me he metido a contar aquella parte que no quiso borrarse de la cabeza y que la mano no se resistió a trazar sobre el papel.

CAMILO JOSÉ CELA

De esta orilla a aquélla,
de lo ancho a lo largo del pueblo,
el olor del pan caliente
vestía el canto de los pájaros...

JACINTO VALTIERRA

A Víctor, Manuel y Silvino

Una vaca tengo,
más bien, la vaca estaba ahí
 desde antes de empezar a escribir,
de recordar que tenía una vaca.
Pasta en mis días futuros y pasados,
pasta simplemente, va de lo anterior a lo posterior,
de mugir a la serenidad solemne
 de echarse a mascar sobre su barriga.
De rumiar interminable
 hasta que a las tres de la tarde
revienta como un pez de muchos días.

Mi vaca tiene un lucero en la frente,
un lucero amplio como el suspiro del abuelo;
tiene también cuatro manchas café.

A mí el color café me recuerda:
el olor del pan de las tres es distinto al de las cinco de la tarde.

El olor caliente del pan de las tres se dispara en todas direcciones
como pájaro espantado por la piedra de la resortera.

El de las cinco, en cambio, es sereno,
detenta la madurez de la manteca reposada,
la ventaja del viento que fija el sabor de las teleras.

Pero verán, lo importante ahora es decirles de mi vaca,
contar de su cuerno caído, de sus orejas garranchadas,
de esa mirada suya como de santo de iglesia,
piadoso, que mira a ninguna parte.

Mi vaca mira a ninguna parte,
entre el atrás y el ahora mira.

Ahí, porque ahí nada duele, vive, masca largamente,
hace como que respira y respira,
se espanta los tábanos sin medida de tiempo,
mueve de vez en cuando la cabeza para comprobar:

—Sigo aquí y soy su vaca.

Más bien, la vaca me piensa, me brama;
desde antes de empezar a mascar, me sabe.
Sabe que el nombre de Chimpe me espanta,
que el tambor del Cortés también me espanta.
Que eso sucedió en mi infancia y ahora
que me lo recuerda, me espanta.

*Chimpe llevaba consigo una sombrilla,
una sombrilla que le servía para el sol y la lluvia,
para taparse con ella de la burla de los chiquillos,
y con ella misma de vez en cuando arremeter contra su pasado,
y uno que otro adulto maldoso.*

*Chimpe sólo caminaba por las calles como buscando,
nunca supimos qué, pues su mirada vacuna era inexpresiva,
en ella no había odio, pero sí una necesidad de encontrar su nombre
perdido entre marzo y su sombrero de bombín.*

*De su saco gris colgaba una flor entre azul y vieja,
a la que de vez en siempre le daba un beso,
y en donde el extravío lo convertía en un monólogo,
en un estarse espantapájaros en una esquina,
a la que ya no volvíamos porque sus fantasmas la habían tomado.*

*Chimpe llevaba corbata pero no camisa,
el sombrero era negro, por eso cuentan,
su desgracia empezó el día de su boda.*

Yo no sé en dónde empieza la desgracia de los hombres,
pero la mía comenzó el día que lo miré bajar por la calle de la
[iglesia,
atravesar el parque donde me columpiaba, pararse frente a mí
para ofrecerme una cocada y sonreírme con esa sonrisa sin dientes.
Mi vaca también sonríe sin dientes y no me espanta.
No tiene dientes, pero sí una lengua larga y rasposa.

Le gusta la sal, lamerla de mi mano,
lamer la mano hasta producir escalofríos.

A mí me gustan los escalofríos de vaca,
sentir sus papilas rozar mi epidermis,
cosquillear con desesperación mi cuerpo,
ponerla de nuevo para convulsionarme

en una sonrisa estúpida y nerviosa.

La vaca que pienso y me piensa no son la misma,
la vaca que escribo no es la misma, pienso;
mientras me piensa pensando la vaca que tengo,
me tiene en el allá escuchando: “Viene el Cortés, viene el Cortés”.

*El Cortés enmascarado arriba de su burro de palo baila,
al tan tan, tan tan del cuero, al tan tan, tan tan del trago.*

*El Cortés cambia de una mano a otra su machete de madera,
madera que encontrará su halago en el cuerpo de quien reta
mientras bailan al tan tan, tan tan del sarape, al tan tan del trago.*

Pues bien, mi vaca es gorda como las señoras

que venden pescado en la plaza,

como las nubes de agosto todo el año,

como el año todo el pan de las tres.

¡Ah...! Porque a las tres sucede: mi vaca come un mango,
se despereza, muge por enfado y mira su sombra.

La sombra de las tres le gusta a mi rumiante,
como a mí mirarla extendida sobre su panza,
con sus seiscientos kilos de huesos y carne vana,
con toda su forma aplastando al suelo,
con todo su peso sobre la calma de su pelambre,
con todo su pelo airándose a las tres.

Cuando a mi vaca se le hinchan los ojos
 suceden cosas malas,
peores ocurren cuando su lengua topa con una espina;
por ejemplo: se quema el pan de la primera hornada,
el río anota en su libreta de arena a otro ahogado,
o los becerros maman la leche de mañana.
Sí, mi amigo, mi vaca va más allá de su mugido.
Allá donde las manos traman el agua con la harina,
allá donde la harina deja que toque su vientre el azúcar,
allá donde el azúcar y la levadura le dan consistencia a la masa;
donde la masa y la manteca cuentan que los dedos de la panadera
diestros las miman, las revuelven, las juntan hasta volverlas una.
Y una es mi vaca y uno el recuerdo:
aquí, donde aquí son los ojos
 allá lejos mirando el mar.
En esa mirada está un niño.
Un niño que mira desde dentro de los ojos de su vaca.
Adentro —donde lo allá es acá, un aquí de agua—.

Un aquí de agua allá tarde, de lejos,
de un antes provisorio,
agravado de mangos y olores de sardina.
Aquí y ahora mira hacia el fondo de sí
y hacia el mar.

Un atrás de gaviota lo aruña,
lo hace vacilar, lo vuelve a un ayer
que ahora lo mira con los ojos del fondo,
que lo sabe agua, pan caliente,
pan de las tres de la tarde, panadería.

Los ojos ahora posados en las conchas, en las teleras,
en los hojeros que guardan hojas,
que manos y olfato esperan.

Reposan en el después, en el antes de esta mirada
que previenen un recuerdo que ahora se recuerda
como una palabra olvidada o dicha
entre el alba y el sueño.

Veo en esa mirada al que mira,
conoce de mí, lo mismo que yo
contempla el mar, humedece sus pulmones con la brisa,
con su sed de estar aquí y allá.

Donde allá amanece a las cinco,
donde aquí son las cinco y mi vaca va rumbo al corral.

Donde el alba añosa es hacia delante
porque atrás de ese adelante hay almendros,
hornos templando el pan,
radionovelas procurando el oído;
porque delante de ese atrás está otro
con los mismos ojos del niño
que son mis ojos y los tres miramos desde el fondo.

Ahora los tres miramos y en el fondo
un tecordín repite el salmo del río.
—Las chicharras lo dicen a la hora de su muerte—.
Lo sentimos al columpiarnos del viento
y cuando escuchamos a lo lejos el mugido certero
de una vaca café y timbona.

Para Aleja Ríos, in memoriam
Para Guadalupe López

El pan de las tres comienza a las cinco,
a las cinco, cuando la abuela ha rezado las oraciones del día
y puesto el costal de la harina sobre el tablón;
a las cinco, cuando los almendros despiertan al viento
 y lo hacen andar mientras descubre
 que sus ojos son los ojos de la claridad,
la claridad que entra al pueblo por atrás de las huertas y el río
encuentra a mi vaca con los ojos tristes.
Los ojos de mi vaca son tristes,
no porque algo añore,
sino porque sus ojos han mirado tanto
 que la vida se le acumula en sus cuencos y le pesa.

Alejita —así se llama mi abuela— hace la presa principal,
agrega agua y levadura, luego revuelve hasta forjar la masa,
entonces separa de la revoltura: la del pan salado,
la de las conchas, la del pan grasa, la del paloteado,
la del pan forrado; respira la mañana.

El fresco y húmedo olor de la teja despereza su gato adentro.
El café aruña las cinco y media.
Es la hora de llegar de Inés y de que el canasto del pan
vaya rumbo al mercado sobre la cabeza de Lupita.
Inés tiene la corpulencia y la altura de las mujeres recias,
también una voz de pito —a decir de la abuela— que taladra
[los oídos,
una sonrisa ancha y melodiosa que da gusto escuchar.
Lupe es la otra mujer de la casa;
para esa hora ha servido el café
y despachado a los que van a ordeñar.
Naty y Yuya amasan los panes de miel,
labran los puerquitos y los polvorones.
Chica llegará cuando la radionovela de *Porfirio Cadena* comience,
entonces la panadería estará completa.
Mi vaca da dos vueltas al corral,
resopla su impaciencia,
porque irá al pastizal hasta que termine la ordeña.

Cuando mi vaca sueña
los cocoteros amanecen con el espíritu de pájaro,
mueven sus palapas como alas rabiosas y sienten crujir su raíz.

El gallo de las siete coincide con el bramido de mi vaca,
con el sacudimiento de su entumido cuerpo,

con su rascarse la panza contra los postes de la cerca,
con su mover la cola para espantarse los rezagos de la noche.
Es la primera en salir del corral, su prisa tiene algo de arroyo,
su andar desbocado y su hambre de sentir el rocío en sus patas,
en su paladar los tiernos retoños descubren su cojera,
su ojo ciego parece mirar a esa hora del día.

A las nueve, se llena el horno con bonote de coco y se enciende.
A las nueve, Chica se fuma un Delicados y Alejita un Fiesta.
A las nueve, Inés habla de la crecida del río por la lluvia del día
[anterior,
que el puente se lo ha llevado la creciente y tuvo que pasar en
[pango.

A las nueve, Lupe hace la pasta de los hojaldres,
deja que su silencio sea el silencio de la panadería: la fragua.

Mi vaca remolinea un cayaco en su hocico,
su lengua amarillea de la dulce y viscosa pulpa.
Está más quieta que de costumbre bajo un zazanil,
donde un chicurro limpia su barrigota de las garrapatas.
Ahora mi vaca, una quieta mole, un bulto parado en el tiempo,
en el fondo de los ojos del niño, en el fondo mismo de sus ojos,
en los ojos de ahora que miran hacia el fondo de sus manchas

y de las nubes blanquísimas de un cielo aborregado,
presiente venir el temblor, el sacudimiento de la tierra que la
[sostiene.

Corre al unísono del gorjeo,
en el aullido del perro aferra la dilatación de sus belfos,
y en el quiquiriquí del gallo esconde el tambor de su corazón.

Mi vaca es miedosa como yo.

Mi miedo es de todos los días; el de ella es natural.

En mi miedo están los animales de la noche y de los lugares solos.

El miedo de mi vaca es necesario.

Mi miedo crece como el pan al calor del horno, se mete en mí
como ese grillo en la noche y en la casa aunque no le abran la
[puerta.

Está en mí como mis uñas y mis pestañas, me recorre la espalda,
se desliza por ella como una resbaladilla y se clava en mi panza
para hacerme unas cosquillas raras como de ahogamiento,
me da entumidera.

El miedo de mi vaca es saltón y chistoso, le sale por los ojos,
le sale corriendo, toda ella es una corredera.

A la una de la tarde

se riegan las brasas por todo el horno y lo tapan.

El horno es redondo y de barro,
por eso guarda muy bien el calor.

A la una y media lo barren,
amontonan los tizones en una esquina,

los cubren con dos hojas de lámina,
lo tapan para que repose.
Para esa hora Alejita le da forma a las últimas conchas,
Inés termina las banderillas,
Chica pinta la masa de los torcantes,
Lupe ha dado cuenta de los nidos, los volcanes y los besos.
Lupita le da forma a los gusanitos y las rosquitas;
comenta: hoy tiene mucha tarea de la secundaria.
Los cuernitos han tomado el tamaño justo y están listos para
[el horno,
las polveadas aún no crecen y casi va siendo hora —dice la
[abuela—.

Mientras toma la última hoja de bolitas,
se dispone a hacer las figuras de las lisas.
Allá en el potrero, en el fondo,
por donde baja el arroyo ancho,
baja la memoria de mi vaca,
baja con su cuerno colgado,
con su pata hinchada,
baja lenta, lentamente, como si los años
le aplastaran el espinazo y alguien le jalara de la cola.
Baja hacia el fondo de mis ojos allá lejos,
en el acá la miro con mis ojos de niño y ella me sabe,
intuye que la pienso, que la recuerdo en el ahora venido de ahí,
del barullo del viento rozando la escobilla y el carnizuelo,

del viento huyendo entre los mangos y los limoneros,
del viento venado, becerro, toro enfermo, del viento silbante,
del viento sierreño, del viento aquel que ahora me revela que
mi vaca estaba manchada de blanco y no de café.

A las dos y media mi abuela se prepara para hornear,
ella maneja la pala del pan como ninguna,
la pala es larga y de madera.

Primero, mete el pan de grasa que soporta el calor,
gira las hojas en el aire, las vuelve a su lugar y cuece parejo.

Le siguen la telera y el pan forrado,

los cuernitos van hasta la orilla

para que su color y su textura

conserven el sabor del pan salado.

Inés recibe y acerca el pan,

del horno al hojero sólo cinco pasos,

del hojero al horno las tres de la tarde.

Lo último en hornearse es el pan de royal y las conchas,

mientras esto sucede, *Kalimán, el hombre increíble*, transcurre

[en la radio.

Leanita siempre llega con el olor primero,

con el olor caliente de la primera hornada,

con la hornada expandiendo su sabor por toda la cuadra.

Mi vaca escucha sus latidos y los escucha viejos,

su sangre corre con la dificultad de los años, sus años la acercan

al recuerdo, a decir, ahí estuvo una vaca, una vaca pinta de blanco,
y no de café, una vaca que ahora escribo sin ninguna pretensión,
una vaca herniada y ciega, sin dientes, solitaria como Chimpe.

A las cinco, la última hornada encuentra respiro.
Lupe cuenta el pan vendido y Chica limpia las hojas.
Lupita acomoda en el chiquigüite
y en los cartones el pan de las entregas.
Leanita, ha mucho, se ha ido pregonando la venta.
La panadería es un quieto sabor, un lento aroma,
un aroma dulcísimo, un cocido aroma,
un aroma meditado toda la mañana,
un aroma reventado a las tres de la tarde.
A las tres de la tarde donde todo sucede:
mi vaca se espina la lengua y llueve.
El río crece, las horas sufren de reumas.
El horno se enfría más rápido, el pan no se cuece.
Los almendros se callan, se acallan los pájaros,
los niños dejan el juego y se sientan en los corredores,
buscan en el suelo la huella de las tres de la tarde
y en el aire el mugido de mi vaca.

Para Yuya, Naty, Lupita, Inés y Yuyo

A las tres de ahora y de ayer,

de ahora y mi vaca,

de mi vaca y mi abuela.

A las tres de ti y de mí, de los tres.

A las tres de antes de empezar a escribir,

de escribir a las tres, tres veces mis ojos:

los ojos del fondo, del fondo de los ojos de mi vaca, que son mi

[fondo.

A las tres de allá lejos, donde el pan tres veces huele

porque tres vientos le llevan.

A las tres porque a las cinco ya no es lo mismo,

ni es el mismo recuerdo, ni el mismo olor, ni la misma vaca.

A las tres porque es la hora en que el día madura —abuela—.

En que las granadas y las papayas maduran

y los pájaros duran en su canto

y los cantos en las ramas y las ramas en el árbol.

Porque sí —abuela—, porque a las tres un día se perdió mi vaca,

el abuelo se fue, se acabó la panadería, el fondo de la casa se

[acabó,

el horno se calló y cayó un día tres a las tres de la tarde,
en el tercer mes, del tercer año del noventa.
Porque sí —abuela—, porque a las tres de la tarde me fui un día,
con tres amigos de la infancia y recordando tres juegos
que jamás volví a jugar,
porque a las tres de la tarde —abuela— se olvida mejor,
se recuerda mejor el pan de las tres y no el de las cinco.

Índice

- 7 El poeta es un diente de león, *Oliverio Arreola*
11 La obra de Jesús Bartolo: poesía contra el olvido,
René Rueda Ortiz

Memoria de nuestro polvo
Antología poética (1997-2013)

De *Las regresiones del mar* (1997)

- 21 I 
23 II 
24 III 
25 IV 
27 V
28 VI
30 VII
31 VIII
33 IX
34 X

36	XI
37	XII
39	XIII
40	XIV
41	Entre el rojo y el malva 

De El responso del gato (2001)

45	1 
46	2
47	3
48	4
49	5 
50	7
51	8 
53	11 
54	13
55	14
56	16
57	17
58	18
59	19
60	20
61	21
62	23 
63	29

64	31
65	32 

De No es el Viento el que disfrazado viene
(*Poema en cuatro actos y una coda*) (2004)

73	Primer acto 
85	Segundo acto
98	Tercer acto
106	Coda
109	Cuarto acto

De Estar de vuelta (2006)

123	Tu piedra no es mineral Esta piedra es tu piedra
133	18
134	25 
136	5 
137	1 

De Aviso de ocasión (2008)

141	<i>No quiero recuerdos</i> 
149	Este fuego habita de cangrejos la carne

De *En la cadencia de los pies* (2009)

- 155 1
160 2 

De *Diente de león* (2009)

- 165 *Cada paso de diente de león* 
166 *Lúdico el adivinador morfea* 
167 *Trae una cola* 
168 *En ese salto de pez* 
169 —*Cura esta herida* 
170 *Suma, adivino*
171 *Cacarea el tiempo*
172 *Mas estos grises zumban*
173 *A lomo de aire*
174 *Cada herida abierta*
175 *Juntas, albahaca, los residuos*
176 *Todo viento herido acontece*
177 *Suelta, adivino, el ancla*
178 *Entabácalo, mujer* 
179 *Más pesadas que el agua*
180 *Tiene calor en la panza*
181 *Los asientos de agua*
182 *El otilar cae por noche*
183 *El sebo picante y tibio*
184 *Rupestreas y confundes al pájaro*

- 185 *La buscahierbas recoge los dibujos*
186 *Incluso contra su propia creencia*
187 *Ábranse las bocas de la tierra*
188 *Cada vuelo fue el anverso*
189 *Llamea en el bizco del cielo*
190 *Esa vital marrullería*
191 *Menester es que la noche enturbie*
192 *Los ruidos de la noche lluviosa*
193 *En el mutis claridoso del diente*
194 *Ahí mismo, en la rendija*
195 *Dale en ayunas este coco*
196 *Adivino la trazadura olivo*
197 *Se cae el viento como se cae la mirada*
198 *Este breve vuelo*
199 *Donde acaba el principio*
200 *La paridora, malvácea turgente*
201 *Si esto de arrojar el ancla*
202 *Por oficio cuida este simulacro*
203 *Quien esto adivina descorcha miel*
204 *En esta mano se lee tu horóscopo*
205 *Esa caída ignora las intenciones*
206 *Lagrima porque ha perdido*
207 *Por ahí lo más que se puede escapar*
208 *Desovilla en vorágine*
209 *El diente de león es un soplo*

- 210 *Toritos de fuego hay en la voz*
211 *¿Crees, buscahierbas, en las nubes...?*
212 *Otra vez será el quedarse*
213 *Ágrafo desciende al minuto*
214 *Qué de aquellas palomas*

De Iconografía de un duelo (2011)

En un latido largo y tumoroso

- 219 *En un latido largo y tumoroso*
221 *Busco en mi corazón*
223 *¿Cuál eternidad?*
224 *Cómo diablos detengo la lluvia* 🔊
225 *¿Músculo tonto el corazón?*
226 *Abrogado el corazón*
227 *La bronca es ser un animal* 🔊
228 *Apolítico y ateo me declaro* 🔊
230 *Se es perfecto* 🔊
231 *El corazón pare un silencio*

Apéndices

- 235 *Tanto me han dicho*
236 *Ella dijo*
237 *Caminar fuera del trazo*
238 *Soy un hombre absurdo*
239 *La frontera de esta línea*

De *Una vaca tengo* (2013)

245 1

252 2

259 3 

memoria de nuestro polvo

Antología poética
(1997-2013)

de Jesús Bartolo, se terminó de imprimir en julio de 2015, en los talleres gráficos de Impresos Vacha, S.A. de C.V., ubicados en Juan Hernández y Dávalos núm. 47, colonia Algarín, delegación Cuauhtémoc, México, D.F., C.P. 06880. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura,

Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos

Cué. Formación, portada y supervisión en imprenta: Carlos Fernando Bernal Gutiérrez.

Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.



